

**TIEMPO DE LADRONES
LA HISTORIA DE
CHUCHO EL ROTO**

© **Emilio Carballido**

Marzo 2012

Ésta es una publicación de la Fracción Parlamentaria del Partido de la Revolución Democrática en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal y Para Leer en Libertad A.C.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

PRIMERA TANDA

Primera jornada

San Juan de Ulúa
La confesión de Matilde
La Noche Triste

Oscuridad.

Retumbido de mar; grandes olas que golpean en la roca, cavernoso romper de olas que golpean bajo el suelo.

Se empieza a mezclar un ruido de hierros y cadenas: puertas de hierro que se abren y cierran con estrépito. Ecos.

Una trompeta militar, lejos, da órdenes. Otra responde, más cerca. (No son órdenes conocidas, ni corresponden en verdad a toques militares consagrados por el uso.)

Pasos marchando. Órdenes de trompeta. No cesa el ruido del mar.

Empiezan a oírse gritos que no entendemos: hay resonancia y ecos. Poco a poco se irá entendiendo que están pasando lista y los hombres responden. Sobre esto, más ruido de hierros, más portazos de hierro.

Sin que se entienda en principio, aclarándose poco a poco, los nombres son gritados y responden "presente", que es la primera palabra que empezamos a percibir.

—Álvarez Evaristo.

—Presente.

—Carvajal Hilario.

—Presente.

—Del Rosal Juan.

—Presente.

—Hernández Ríos Benito.

—Presente.

—Hernández Pérez Enoch.

—Presente.

La luz, lateral, nos muestra un espacio angosto como un corredor. Hay rejas y sombra de rejas.

Hombres marchando de fondo a primer término, a paso veloz. Resuenan sus pies, hay ecos. No cesa el retumbido del mar.

—Hernández Zuño Adalberto.

—Presente.

—Ki Antonio.

—Presente.

—López López Juan.

—Presente.

—López Martínez Evorio.

—Presente.

Son 16 (o quizá más). Hacen maniobras, flancos, marchas. Se oyen las órdenes que les dan, sobrepuestas al rosario monótono de la lista.

—Flanco derecho: derecha.

—Paso veloz: uno- dos, uno- dos, uno- dos.

—Atención: alto. ¡Alto!

—Alinearse por la derecha: ¡alinearse!

—En su lugar, ¡descanso!

Etc.

Y mientras, sigue oyéndose:

—López Pérez Wilfredo.

—Presente.

—Martínez Azuara Juan.

—Presente.

—Martínez Domínguez Juan.

—Presente.

—Martínez Portillo Rodrigo.

—Presente.

—Olalde Servando.

—Presente.

—Pérez Ríos Joaquín.

—Presente.

—Pérez Pérez Juan.

—Presente.

—Quiñones Onésimo.

—Presente...

Han quedado en dos filas, de frente a fondo, cada fila encarando a la otra. Un silencio, de pronto: sólo el ruido del mar. Breve pausa inmóvil: todos ven al fondo.

Al fondo, un hombre entra, a empujones. Pelo largo y sucio, barba crecida, aspecto enfermizo. Se detiene: si avanzara, tendría que pasar entre las dos filas. Retrocede, ligeramente.

Un teniente aparece tras él:

TENIENTE: Prisionero..., avance.

Él retrocede dos pasos. El teniente le da un empujón y él trastabillea, hacia el frente. Trae las manos aherrojadas.

LOS SOLDADOS: —Avanza, cabrón.

—Aquí te esperamos.

—No te va a pasar nada.

—Culero.

—Coyón.

—Joto.

—Tiene miedo.

—Ven, papacito.

—Ven, anda.

Los dos al extremo se mueven hacia el prisionero. Vemos que tienen garrotes en las manos. Se colocan a espaldas de él. Vemos que todos tienen garrotes en las manos y se preparan a usarlos.

El prisionero va a intentar defenderse, instintivamente.

Los dos que se le acercaron le dan otro empujón y los primeros palos. Va a dar entre los demás hombres: todos empiezan a apalearlo. Unos jadean, otros le gritan insultos o lanzan exclamaciones humorísticas, de diversión.

SOLDADOS: (a la vez) —Cabrón, hijo de la chingada...

—Ladrón de mierda. —Dale al cuerpo, dale al cuerpo...

—Esto sonó como piñata. —Pendejos, ya me pegaron a mí. —También a la cabeza, cómo que no. —Pero no tan pronto, se nos va a acabar...

El preso cayó. Siguen dándole. Cesan. Se van quedando quietos. Se abren.

Vemos al preso tirado, bocabajo. Sangra. Uno lo voltea con el pie. Un silencio. Se oyen jadeos de fatiga.

PRESO: *(con esfuerzo)* Dios los perdone...

UN SOLDADO JOVEN: Habló...

TENIENTE: Denle. *(Nadie se mueve.)* Denle, todavía quiere más. ¡Denle, carajo!

Unos cuantos lo apalean de nuevo. Jadeos, voces sueltas.

SOLDADOS QUE APALEAN: —Cabrón, toma pues.

—Ya acábate.

—Ándale, para que hables.

—Hijo de la chingada, cómo aguantas.

Pausa, respiraciones. Algunos soldados retrocedieron.

Un grito del preso, inesperado; se retuerce y se medio incorpora. Cae. Queda quieto. Ya casi no respira.

UN SOLDADO: Ahora sí ya...

Quedó tirado, despatarrado. Lo mueven. Lanza una bocanada de sangre, se estremece, queda inmóvil.

SOLDADO JOVEN: ¿Qué dijo?

SOLDADO: Ése ya no dice nada. Vente.

SOLDADO JOVEN: ¿Qué dijo antes?

El teniente se acerca a ver el cuerpo.

TENIENTE: Échenlo al agua. Aprovechen que está sangrando, así enseguida llegan los tiburones.

SOLDADO JOVEN: Tú oíste lo que dijo. *(Trata de no gemir. Gime.)*

SOLDADO: *(alarmado)* Cállate, pendejo. Te va a oír el teniente.

SOLDADO JOVEN: Dijo Dios los... *(se le escapa de la boca un sonido agudo).*

El otro lo jala lejos, a la oscuridad. Le tapa la boca. Unos soldados se llevan arrastrando el cuerpo.

Luz opaca a un sillón berger, donde está sentado un cura, oyendo en confesión a Matilde de Frissac.

CURA: Ave María Purísima.

MATILDE: Sin pecado concebida.

CURA: Reza el yo pecador.

MATILDE: *(murmura el rezo sin que se la entienda apenas)* Yo pecador me confieso a Dios Todopoderoso... etc.

Salen los soldados con el cuerpo, dejando un rastro de sangre.

TENIENTE: ¡Ése fue Chucho el Roto!

Suena con fuerza el mar, varios tumbos de las olas. Sube por un segundo la luz sobre el teniente, casi como un relámpago.

Oscuridad a todo, menos al cura y a Matilde. Sube la luz al sillón. Queda un rumor de olas, como si lengüetearan la playa.

CURA: Dime tus pecados.

MATILDE: Acúsome, padre, de lujuria. (*Calla.*)

CURA: Dime lo que hayas hecho, hijita. (*Silencio.*) ¿Qué acto cometiste?

Ella está arrodillada en un cojín. Se reacomoda.

MATILDE: No fue un acto, padre.

CURA: ¿Fueron pensamientos?

MATILDE: Fueron... No. No fueron pensamientos. Padre: fue en la playa. Estuve con mi familia. Y allí, en esa terraza, que es de mármol y está aislada, puede verse la playa donde se bañan gentes del pueblo. Villa del Mar se llama, y una está allí sentada como... como en un pedestal. Por encima de las mujeres que se meten al agua en camisones blancos, y de los hombres, muy... oscuros de sol, que se bañan con... una ropa delgada, y se les pega al cuerpo cuando salen del agua a jugar, a rodar en la arena. Y yo... les veía los cuerpos mojados y deseaba estar allí, bañándome como ellos, jugando con ellos.

CURA: Hijita, no hay que permitir a los sentidos, a la vista especialmente...

MATILDE: ¡Déjeme acabar, padre! Es difícil decirlo. (*Se le quiebra la voz.*) No sé muy bien... si deseaba yo más. Posiblemente. Pero no lo pensaba yo en palabras. Era una pura sensación de mi piel, mi piel, mi cuerpo dentro de mi vestido. Los cuerpos de esa gente, tan dibujados por el agua. No pensaba yo. Era como tener metido ese ruido del mar, muy adentro de mi cabeza. Quería bajar, eso sí, bajar del pedestal. Y entonces, entonces empezaron los gritos. Oí que alguien se estaba ahogando, mar adentro. Y todos en la terraza nos pusimos de puntas, o nos subimos a las sillas, para ver bien, allí en la balaustrada. Y lo trajeron a la playa y todos decían cosas, a voces. O lloraban. Y lo... tendieron en la arena. Estaba desnudo. Lo cubrieron con una toalla, con un trapo. No sé por qué estaba desnudo. Iban a verlo, muchos de la terraza. Y fui yo también. Fui, pensando que, esperando que en ese grupo de gente, tan apretado, en torno del ahogado, en ese grupo “alguien va a tocarme”, yo pensaba, “alguien irá a tratar de sentir mi cuerpo, alguien me... va a hacer algo”. Me latía el corazón como si fuera el ruido del mar. Sentí que estaba sorda con tanto ruido de mar. El ahogado tenía en la piel sombras azules. Un color muy extraño: me hizo pensar en un cuadro de Cristo, un cuadro que vi en Bélgica, el Señor muerto al pie de la cruz, era de ese color. Querían hacerlo respirar. Lo movieron. Y vi todo su cuerpo descubierto. Todo su cuerpo. Y trataban de revivirlo, pero a eso no podía yo hacer caso. No me importaba, creo, que reviviera, o no sé, yo nada más sentía

a la gente que estaba en derredor, y me apretaba contra ellos y con la mano rocé a alguien, no sé si era de intento, rocé a alguien que se alejó. Y sentí que se retiraba por horror, por horror de mí. Yo también sentí horror de mí. Y traté de pensar en ese pobre joven ahogado... Y pensé nada más en su cuerpo, en lo que había yo visto de su cuerpo. Decidí alejarme de allí, pero seguía percibiendo a los otros, como si mi piel no me dejara mover, como si irradiara yo una fuerza. Empecé a temblar. Quise recargarme contra alguien: se evadían, se hacía el vacío en torno. Yo pensé que todos adivinaban por qué estaba yo allí, entre ellos, con los ojos cerrados. Y ese ruido del mar. Todavía discurrí: mi semblante ha de ser el de un demonio. O el de una meretriz. Abrí los ojos: me tambaleaba. No me atreví a rodar al suelo, me tambaleaba yo. Y nadie me hacía caso, ni nadie me veía. Todos habían levantado en alto la figura de ese joven y lo llevaban por el aire, blanco, desnudo, azuloso, como el cuerpo de... Y no sentía yo ni amor del prójimo, ni compasión, ni nada. Creo que me puse a sollozar, de furia, de lujuria. Y vino entonces mi tía y me tomó del brazo y me dijo: “No debiste venir”. “Estas cosas impresionan mucho.” “Eres demasiado sensible.” (*Se le escapan risitas.*) Eso me dijo: “Eres demasiado sensible”.

Estruendo del mar. Un relámpago, un trueno largo. No vemos más a Matilde y al cura. Cesa el mar. Hay un tronco de árbol en medio de la oscuridad.

Un joven corpulento está esperando allí. Enciende un cigarro.

Chucho el Roto

Pasa un muchacho del pueblo, vestido sólo con una sábana (recuerdo aún del tilmantli). Pasa una china poblana, con la ropa muy gastada y luida. Pero va muy coqueta, muy pintada.

LA CHINA: ¿Qué haces aquí tan solo, papacito?

PELUDO: Ya ves que no hago nada.

LA CHINA: ¿A quién esperas? Ha de ser a mí.

PELUDO: No tengo dinero.

LA CHINA: Te hablo porque me gustas. Podemos arreglarnos.

PELUDO: No traigo, chinita. Ni modo.

LA CHINA: Aquí detrás del árbol no gastamos en mesón.

PELUDO: ¿Cómo crees? Éste es el árbol de la Noche Triste.

LA CHINA: Lo volvemos de la noche alegre...

Llega otro joven, delgado, de buena estampa.

CHUCHO: Déjalo, chinita. Otra ocasión habrá con él.

LA CHINA: O con los dos, de una vez. ¿No quieres?

CHUCHO: Ya va a llover.

LA CHINA: Y debajo del árbol, ni va a sentirse.

CHUCHO: *(amable)* Déjanos, china. Tenemos que hablar. Anda, tómate un pulque por nosotros. *(Le da dinero.)*

CHINA: *(Lo observa)* Qué serio. ¿De qué querrán hablar? Pero otra vez que te vea, no te cobro. *(Se va.)*

PELUDO: Tampoco a mí me cobraba.

CHUCHO: Al empezar, no. Te cobra a la mitad y si no pagas, te deja a medias.

PELUDO: ¿A poco? ¡Luego se tuerce uno!

CHUCHO: Y además, te iba a pegar una purgación.

PELUDO: ¡No la chingues!

CHUCHO: Ella enfermó al maestro Nacho, el de la carpintería de la placita.

PELUDO: (*se persigna*) Qué a tiempo llegaste. Porque uno dice: así con ganas de ella, y por gusto mío, total... ¿No se habrá curado?

CHUCHO: De milagro nomás.

PELUDO: A ésa no le llegan los santos.

CHUCHO: ¿Tú qué sabes?

PELUDO: Así es esta ciudad. En mi pueblo, no pasan estas cosas.

CHUCHO: ¿Allá no hay putas?

PELUDO: Hay dos, ya viejas. Muy limpiecitas, pero vamos con ellas nomás cuando ni remedio. Y muy a oscuras.

CHUCHO: Acá te va mejor...

PELUDO: Pero aun así, no me hallo. Aquí se ven tantas cosas tan tristes...

Pasa por el fondo el sereno.

SERENO: Las once y el cielo muy nublado y con relámpagos...

Sale.

PELUDO: Bien tarde, primo. ¿Para qué me citaste aquí?

CHUCHO: Tenía que hablar contigo.

PELUDO: Ah qué la canción. ¿Cómo que hablar?

CHUCHO: Hablar.

Chucho el Roto

PELUDO: Duermo en tu casa, trabajamos juntos, nos vemos a todas horas...

CHUCHO: Y en la casa está mi hermana, y en la carpintería están el maestro y los otros.

PELUDO: Y por la noche lees y no me hablas, y te enojas si te pregunto de qué tratan tus libros.

CHUCHO: Porque estoy leyendo. Pero ahora voy a decírtelo.

PELUDO: ¿Qué vas a decirme?

CHUCHO: De qué se tratan mis libros.

PELUDO: ¿Para eso me citaste a las once de la noche?

CHUCHO: Para eso.

PELUDO: ¿Y en este árbol rajado de la Noche Triste?

CHUCHO: El más grato lugar para cualquier mexicano: aquí regaron lágrimas unos pinches conquistadores.

PELUDO: ¿Y de qué se tratan tus libros?

CHUCHO: De la sociedad. De ésta, en la que vivimos. De cómo está dividida según lo que ganamos unos y otros. Y de cómo los ricos nos roban a los pobres.

PELUDO: ¿Qué nos van a robar, si no tenemos nada?

CHUCHO: ¿De qué vives?

PELUDO: De lo que gano, de mi trabajo.

CHUCHO: ¿Cuánto ganas?

PELUDO: Ya sabes, pa'que preguntas. Tu apalabraste mi sueldo, y salió mejor de lo que yo esperaba.

CHUCHO: Haz de cuenta que no te lo apalabré. ¿Cuánto ganas?

PELUDO: Diez centavos diarios.

CHUCHO: ¿Y tú piensas de veras que eso vale tu trabajo?

PELUDO: Eso pagan en todos lados, y hasta menos.

CHUCHO: ¿Pero eso vale?

PELUDO: Si eso me pagan, eso vale.

CHUCHO: ¿Y cuánto ganan, con tu trabajo, los que te pagan?

PELUDO: ¿Cómo voy a saber?

CHUCHO: Sí sabes. Puedes ver cómo viven.

El Peludo se queda pensando.

PELUDO: Vive bien el maestro, la verdad. Muy mejor que nosotros. Su casa grande, tiene. Su mujer guapa y bien vestida. Y la criadita ésa, chulísima, que a veces va a dejarle el almuerzo... Ha de ganar bastante.

CHUCHO: ¿Y qué tal vende nuestro trabajo?

PELUDO: *(un silencio)* No lo había pensado así...

CHUCHO: ¿Y quién trabaja más? ¿Él o tú?

PELUDO: Entre menos gana uno, más trabaja; ya se sabe.

CHUCHO: Y los marchantes, ¿pagan lo justo? Luego compran nada más para revender. Llegan en coche, traen cargadores, regatean, ofenden el trabajo para así devaluarlo. Se lo llevan a alguna tienda muy bien puesta... Allá lo venden a lo doble.

PELUDO: Sí, bueno, sí. Así es. Esos le roban al maestro.

CHUCHO: Le roban. Ya lo dijiste. ¿Y lo que venden, qué es? ¿No es tu trabajo?

PELUDO: Sí. Es mi trabajo.

CHUCHO: Entonces, no nada más le roban al maestro.

PELUDO: Ya tú ves que no soy huevón. Doy mi esfuerzo, mi sudor... *(enojado)* ¡Has de querer que me vuelva como todos! Que pierda el tiempo, que mire con resentimien-

Chucho el Roto
to al patrón, que ya no me guste trabajar. ¿Por qué me dices todo eso?

CHUCHO: ¿Crees que algo cambia con lo que te digo?

PELUDO: Cambia. Cuando uno piensa algo, ya nada es igual. Andas feliz con tu querida y se te ocurre un día: ¿qué hace mientras no estoy? Y ya nada es igual. Pensar cambia las cosas.

CHUCHO: Hay que cambiarlas.

PELUDO: ¿Y de qué sirve que mire mal al maestro y a los catrines que vienen a comprar?

CHUCHO: De nada. No hay por qué verlos mal a ellos.

PELUDO: ¿Entonces?

CHUCHO: Es algo más general. La explotación es una cadena. Ve en derredor. Es toda una clase de gente que vive bien porque otros somos sus esclavos. Es la historia. En el campo lo ves a diario, hay los hacendados, con una fuerza tan grande que no puede con ellos ni el presidente Juárez. Y a estos, los sirven unos pequeños, comerciantitos de caca, y unos usureros. Y esos van haciéndose ricos y se vuelven muy poderosos y son los nuevos enemigos de todos, una clase social, los comerciantes, los industriales. Esto tiene su nombre, lucha de clases, así se llama. Y ellos se llaman burguesía. Y tú y yo somos proletarios. ¿Y qué nos roban? Esa energía que mueve el mundo. Se llama fuerza de trabajo. ¿Y sin ella qué harían? Son los dueños de la herramienta, la compran y la usamos nosotros. Si no la usamos, se joden: no saben trabajar. Nada más saben explotarnos. Por eso ves que hay gentes que se levantan con banderas rojas y se cru-

zan de brazos y no hacen nada, hasta que les pagan mejor. Eso se llama huelga. Y cuando todos los trabajadores de un mismo ramo se unen para pelear y defenderse: eso se llama sindicato.

PELUDO: ¿Y eso quieres que hagamos? ¿Un sindicato? ¿Con los otros muchachos de la carpintería?

CHUCHO: Desde hace un año, todo esto que te digo se considera delito en nuestro código penal. A los trabajadores que se unen, los balacea el ejército. O van a dar a San Juan de Ulúa.

PELUDO: ¿El presidente Juárez hizo esa ley?

CHUCHO: El señor Juárez está enfermo... Y está cansado... Y el poder le hace mucho daño a la gente. Hasta a Juárez. Imagínate a otros.

PELUDO: Y junto a él, siempre ha habido traidores.

CHUCHO: Siempre los hay junto al poder.

PELUDO: Chucho... Eso que estás diciendo... ¿es socialismo?

CHUCHO: Más o menos.

PELUDO: ¿Crees en el socialismo?

CHUCHO: No es acto de fe: es cosa de razón. Pienso que es cierto lo que plantea.

PELUDO: Lo que platicabas, sí es cierto. ¿Eres socialista, entonces?

CHUCHO: Mira: pienso que los trabajadores unidos serán la fuerza más grande de la tierra. Que no podrá con ellos ningún ejército. Creo que fatalmente, en algunos años, van a triunfar los trabajadores.

PELUDO: ¿Vamos a triunfar? ¿Lo crees?

CHUCHO: Quiero decir... que va a triunfar la causa de los trabajadores. *La idea* va a triunfar. (*Suspira.*) Y quien dirija el movimiento va a tener un poder gigantesco y corruptor. Quien dirija los sindicatos va a corromperse, por dinero y por amor al poder; será mimado de los gobiernos, robará libremente y los gobiernos reprimirán al que se le oponga. Imagínate entonces: quien dirigiera un país a nombre de los trabajadores, atropellaría otros países a nombre de ellos, explotaría igualmente a sus obreros, ¡sólo que a nombre de ellos mismos!

PELUDO: Quieres decir... ¿que no vale la pena cambiar nada?

CHUCHO: ¡Quiero decir que hay que cambiar todo! Hay que correr el riesgo, tirar a la basura la forma que actualmente tiene la sociedad ¡y hacer todo de nuevo! Pero a conciencia de que habrá que cambiar todo otra vez. Porque el hombre se corrompe con el poder, porque no hay suficientes ojos para ver lo que pasa en torno. Porque nadie, nadie, nadie, ni los santos, pueden jurar que saben ya lo que va a suceder cuando todo cambie. Porque no sabemos ni el resultado de nuestros propios gestos en nuestra propia casa. ¡Pero hay que cambiar, para que el mundo no se pudra!

PELUDO: ¿Y qué quieres hacer?

CHUCHO: Quiero... Quiero cambiar las cosas... En la medida de mis fuerzas. Revoluciones... Los buenos y los puros caen muy pronto, o en la matanza se van volviendo desconfiados, hasta malos... ¿Viste tú nuestra independencia? Acabamos teniendo emperador. Yo me conozco... Pero algo quiero hacer: hasta donde me alcanza, honradamente, la imaginación. Cosas pequeñas.

PELUDO: ¿Como cuáles?

CHUCHO: (*sonríe*) Robar.

Un leve y sobresaltado silencio del primo.

PELUDO: ¿Robar? ¿Tanto hablar para... eso? ¿Para decirme que quieres ser ladrón?

CHUCHO: Que seamos ladrones, primo.

PELUDO: ¿Ladrones? ¿Tú y yo?

CHUCHO: Ladrones. ¡Pero en grande! Al ladrón chico le va mal. Si te robas media nación, eres un gran señor importante. Roba, maltrata y mata, dale poder a tus amigos y parientes, y hasta serás gran héroe nacional y habrá montón de calles con tu nombre. Hay que robar entonces, pero mucho. Robarles a los ladrones, herirlos donde más les duele, en sus bancos, en sus palacios, en sus tesoros. ¿Por qué las putas de los ricos han de manejar la caridad? Repartiremos nosotros, y eso va a ser justicia, retribución, no robo.

PELUDO: Me dejas... así como borracho...

Se oyen voces, gritos confusos. Pasa alguien, corriendo, con una antorcha encendida. Pasan otros dos hombres al fondo, a la carrera.

CHUCHO: Algo sucede.

PELUDO: Empezar a robar... Como si fuera fácil. ¿Por qué se te ha ocurrido que puedes ser ladrón?

CHUCHO: Tengo los dedos hábiles, y sé moverme aprisa, y me gusta tirarme a pensar fantasías... Primo: lo que de

Chucho el Roto
veras cambia todo, son nuestras fantasías.

Viene corriendo el ensabanado.

ENSABANADO: ¡Se murió Juárez! ¡Se murió el presidente Juárez!

Se queda parado viéndolos.

CHUCHO: Ya se veía venir. Estaba muy enfermo.

ENSABANADO: Pobrecitos de nosotros los mexicanos.

Quién sabe qué tiempos vendrán ahora. *(Se va.)*

CHUCHO: Yo sé qué tiempos. Y van a ser muy largos.

Salen.

La educación de Chucho el Roto

Se desafora todo. Luz viva, de golpe.

Estamos en el foro del Teatro Nacional. Hay un ventanal al fondo, que deja ver la Alameda y un cielo de atardecer.

Un grupo de mujeres en traje muy liviano, algunas en ropa interior en fila para ensayar. Al piano, una señora muy mayor, tremenda pintada y arreglada. A su lado, un enorme morral de ixtle, donde seguramente carga su música, cosas de comer y sepa Dios qué más.

Dirige el ensayo Amelita Gómez, joven, lindísima, típica belleza mexicana.

AMELIA: Lista, Lulú. Vamos.

Lulú, la pianista, ataca el can-can de la "Bella Elena", de Offenbach. Todas lo bailan, dirigidas por Amelia.

AMELIA: No, no. Parecen los perritos bailarines. Mil esto, fjense.

Baila ella sola. Cesa.

AMELIA: En fila, quiero verlas.

Chucho el Roto

Piano: todas bailan. Amelia las observa y luego se une. El can-cán va bien y ellas lanzan los gritos tradicionales y acaban (no todas) en tremendo split. Cesa piano.

CORISTA 1: Ay, Ay, Dios mío. Me rajé. A mí se me rompió algo.

CORISTA 2: Tú ya no tienes nada que se te rompa, mi vida.

CORISTA 1: Quiero decir un hueso, estúpida. Que a ti hasta eso te han roto ya.

AMELIA: Sh. Sean discretas. Ya ven lo que luego nos publican.

CORISTA 3: (*viejona*) Me maté. No puedo pararme. Yo ya no estoy para esto.

CORISTA 1: ¿Y leyeron lo de Teresa y su novio?

CORISTA 3: El periódico siempre exagera.

CORISTA 4: ¡No exagera nada! Yo estaba allí.

AMELIA: Dinos entonces qué coños sucedió, que todo mundo habla de eso.

CORISTA 4: Tere es muy celosa, y Enrique, peor. Se enojó ella porque él la plantó una noche. Y él le dijo puta, porque ella traía un collarcito nuevo. Y ella entonces se enojó más, y que saca unas tijeras y se las clava, seis o siete veces, aprisa, aprisa. ¡Él empezó a escurrir sangre! Yo grité, claro. Y que se las va quitando Enrique y se las clava a ella; menos aprisa, pero más fuerte. Y ella daba alaridos, pobrecita. Yo grité más. Entonces, se atoraron las tijeras en el corsé, y las ganó ella y se lanzó de nuevo sobre Enrique, y vuelta a clavetearlo por todos lados. Él

daba entonces los alaridos y decía bastantes groserías y pedía auxilio. Yo también. Otra vez ganó las tijeras ella y otra vez las ganó él. Chorreaban sangre por todas partes y aullaban mucho, los dos. Siguieron tijereteándose hasta que vino la policía y los separó.

AMELIA: ¿Y tú no intervenías?

CORISTA 4: Yo gritaba, porque cómo va a ser, esas cosas no se hacen. Acercarme, no. Me dieron miedo. ¿Qué tal si entre los dos me agarran a mí?

LULÚ: Una verdad como una hostia: en pleitos de casados, los terceros son siempre perjudicados.

CORISTA 2: Entre marido y mujer, nadie se debe meter.

AMELIA: Pero esos dos nada más son arrejuntados.

CORISTA 4: Sí, pero cuando se vieron a las puertas de la muerte, llamaron un cura al hospital y los casó. Ella tiene 17 tijeretazos y él 22. Lo bueno que se respetaron las caras.

CORISTA 5: *(desde el fondo)* Qué cosa más rara está pasando. Vengan a ver.

AMELIA: Nada de vengan a ver: sigue el ensayo.

CORISTA 5: El cielo está rojo... Rarísimo. ¡Y eso no son nubes! Una humareda inmensa. ¡Es un incendio!

Corren todas al fondo.

AMELIA: ¿Adónde será?

Por la luneta viene corriendo la costurera, con un vestido a medio hacer entre las manos.

COSTURERA: ¡Algo se está quemando por el Zócalo!
¡Pienso si no será el Palacio Nacional!

AMELIA: ¿Cómo va a ser?

COSTURERA: Estaba yo cosiendo y veía por la ventana, cuando empezaron las carreras de la gente. Daban gritos y no entendí lo que decían. Todos rumbo al Zócalo.
¿Será una revuelta?

AMELIA: ¿Había balazos?

COSTURERA: Gritos y carreras, nada más. Y luego, vi las llamaradas y el humo. Nubes de chispas. ¡Se va a quemar media ciudad!

AMELIA: (*asustada*) ¡No exageres! ¿De veras?

COSTURERA: Vengan al foyer. Por las ventanas puede verse.

Empiezan a oírse las campanas de Catedral, tocando a rebato. Entra corriendo un mandadero jovencito.

MANDADERO: ¡Se está quemando el Volador! ¡Es un incendio enorme! ¡No pueden apagarlo! Como todos son puestos de madera y cartón y lona... ¡Y tanta cháchara y tantos libros y muebles que allí venden! ¡Todo está ardiendo!

AMELIA: ¿Tú ya fuiste?

MANDADERO: Cuando empezaba, y les vine a avisar. La gente llora y grita y saca sus cosas.

CORISTAS: —Vamos a ver...

—Vamos allá.

—Volvemos al rato, Amelia.

—El Volador, qué barbaridad, qué peligro tan grande.

—Yo voy corriendo.

Se echan ropa encima, van vistiéndose en el camino, salen por la luneta y dejan solas a Amelia y a Lulú.

COSTURERA: (*saliendo*) Yo no voy a correr al Zócalo, pero desde la azotea del teatro se ha de ver. ¿No quieren subir conmigo? (*Salió*)

LULÚ: ¡Hay que ver eso!

AMELIA: Vamos a ensayar.

LULÚ: Amelia, ni que fueras Nerón. México ardiendo y tú bailando el can- can.

AMELIA: Estrenamos en dos días más.

LULÚ: No te hagas la pava: con “Los dioses del Olimpo” te has convertido en un ídolo del público.

AMELIA: Razón de más, Lulú. ¡Anda!

Renuente, Lulú va al piano.

LULÚ: No te plantes allí, que está podrido el suelo. Se le hundió una pata a la Zamacois, hasta el chocho.

AMELIA: Pesa lo triple que yo. Y arregló el suelo ayer nuestro carpinterito. (*Patea.*)

LULÚ: Ese chico es tan guapo y tan bien plantao...

AMELIA: Si le importara, podría ser actor. El día que faltó Beltrán, Chucho dio la réplica de lo más bien.

Lulú ha ido deslizándose hacia la ventana.

LULÚ: Chucho parece nombre de perro.

AMELIA: También Lulú.

LULÚ: ¡Vamos, no es lo mismo!

AMELIA: Anda, empezamos.

LULÚ: Que no puedo, niña, no puedo. ¿No tienes sentimientos? Vamos a ver qué pasa.

AMELIA: Anda, corre, qué importa. La única en esta compañía que ensaya a veces, soy yo.

Lulú no espera más y se va. Regresa por su morral.

LULÚ: Hasta mañana, preciosa. *(Sale.)*

Amelia va al ventanal. Oscuridad a todo: vemos su silueta contra el resplandor palpitante del incendio.

Luz de mañana a primer término. Salió Amelia. Entra Chucho y empieza a preparar y cepillar duelas.

Cruza Enrique Guasp de un lado a otro. (Habla con fuerte acento español.)

GUASP: Qué, ¿ya terminamos?

CHUCHO: Ya mero.

Guasp patea el suelo en varios puntos. Va a salir. Entran Venancio Francés y Juan Beltrán vestidos para un sainete.

GUASP: ¿Por qué traes las mejillas blancas, y tú negras?

VENANCIO: Para verme gordo...

JUAN: Y yo flaco...

GUASP: Límpiense. Van a estar a la luz del sol: ni con candilejas estaría bien.

JUAN: ¿Entonces?

GUASP: Sombra blanca, tenue. Y tú, algodones. Que no

parezca dolor de muelas. Tú, manten la quijada un poquito bajada, que la carne del cachete encuentre hueco. Jálate un poco los ojos, con tela engomada. Las tapas con el pelo... Y tú, péinate para acá...

Le acomoda el pelo.

GUASP: ¿Cómo van a caminar?

Lo demuestran.

GUASP: Eso es.

VENANCIO: Yo pensaba usar esta nariz.

GUASP: ¡De cartón! Jamás en pleno día. Te voy a prestar una de hule. Pero te pintas con suavidad aquí, para volverla imperceptible.

Entra Morey.

MOREY: (*reprocha*) Don Enrique, pudo recomendarme a mí también...

GUASP: ¿Para qué?

MOREY: A las damas de sociedad les encanta la magia.

GUASP: A la señora de Lerdo de Tejada lo que le gustan son las comedias. Mujer muy culta y refinada.

MOREY: Mi trabajo lo han visto los reyes de Europa. Merezco la terraza de Chapultepec tanto como mis compañeros.

GUASP: Seguramente, pero allí va a haber música y teatro: nada de magia. (*A los otros:*) Anden, ¿qué esperan?

Salen los tres.

CHUCHO: Profesor Morey, buenos días.

MOREY: Joven amigo, buenos se los dé Dios. Terrible incendio el de anoche.

Hace aparecer un huevo, lo pone en el banco.

CHUCHO: Bien feo que estuvo.

Hace desaparecer el huevo.

MOREY: La gente es rápida y maligna de pensamiento. Dicen ahora que el fuego fue obra de la policía y no de la casualidad.

Saca el huevo de la oreja de Chucho.

CHUCHO: Eso oí. Por ahí estuve.

Chucho hace un pase y desaparece el huevo de la mano de Morey.

MOREY: ¿Y qué razón daba la gente para creer tal barbaridad?

Chucho saca ahora un ramo de flores del aire. Lo ofrece a Morey.

CHUCHO: Que el Volador era, en el fondo, un nido de maleantes. La policía no podía entrar y los compradores

de chueco hacían su negocio demasiado tranquilos, sin darle comisión a la policía.

Morey convirtió las flores en mascadas.

MOREY: Lo cual... es cierto. Pero además del comercio del hampa, muchos honrados vendedores tenían allí sus barracones. Familias enteras, llenas de niños. No creo capaz al gobierno de la ciudad de una medida tan atroz.

CHUCHO: Yo sí.

Hace bola las mascadas y las convierte en un huevo, que devuelve a Morey.

MOREY: Usted debería ser mi ayudante, y haría carrera.

CHUCHO: Profesor, es muy bonito ser artista, pero creo que gano más como carpintero.

MOREY: Debí pensar en eso antes de pedirme que lo adiestrara. Tiene usted muy buenas facultades. En unos años...

CHUCHO: Déjeme pensarlo.

Entra Lulú, va hacia Chuchó. Lo besa en los dos cachetes.

LULÚ: Hijo, eres un héroe.

MOREY: Qué expresiva amaneció, Lulú.

LULÚ: Se lanzó a las llamas, sacó una niña de un barracón que estaba a punto de hundirse. Tan modesto que ni su nombre quiso dar. ¡Si todavía trae el pelo chamuscado! Dejó la niña a salvo y se perdió entre la gente. ¡Pero yo lo vi! Era la hija de un usurero, compradores de chue-

Chucho el Roto
co les dicen, y había dejado la barraca trancada a piedra
y lodo, ¡con la criatura dentro!
Entran Guasp y Eloísa Agüero.

ELOÍSA: (*sigue*) Digo yo, ¿cuándo se ha visto que a la
contralto característica la anuncien junto a la primera
tiple? ¿Eh? Así se rompe el equilibrio de la compañía.

Entran coristas, saludan.

CORISTA 1: Ya nos contó Lulú. ¡Qué cosa más linda!

MOREY: (*hace aparecer dos huevos*) Hay que tener esto
para tales hazañas. (*Sale.*)

LULÚ: Ordinario.

CORISTA 2: ¡Eso es ser hombre!

CHUCHO: (*sonriente*) No me abochornen. No hablen de
eso.

GUASP: Es verdad, ya oí la hazaña. Muy digna de elogio.

ELOÍSA: Es bueno saber que hay un héroe cerca, por si se
incendia el teatro.

GUASP: A ti no iban a sacarte en brazos con tanta facilidad.

Entra Amelia vestida de calle.

AMELIA: ¿Ya viste *El Monitor*?

ELOÍSA: ¿Hablan de nosotros?

AMELIA: De Enrique. Protestan porque no se ponen
obras mexicanas.

GUASP: ¿Y qué quieren que haga? Las obras mexicanas
pertenecen todas al género detestable. No voy a forzar

al público a verlas, sólo porque el gobierno subsidie la temporada.

AMELIA: También dice que los alumnos del Conservatorio deberían trabajar con nosotros. “Ya que es la escuela donde el gobierno forma a los nuevos actores.” (*Enseña el párrafo.*)

GUASP: Contraté a dos: no hay tantos alabarderos y lacayos para que metamos a más.

ELOÍSA: ¿Estudiar en Conservatorio? Más les valdrá comparsear en cien zarzuelas.

AMELIA: Un poco de gente joven no le haría daño a la compañía.

ELOÍSA: La juventud no es ningún mérito. Todo mundo la tiene o la tuvo. Para ser joven en escena hacen falta muchos años de práctica.

Entró el apuntador, hace rato.

APUNTADOR: ¿Ensayamos o no?

Entra el mandadero.

MANDADERO: Don Enrique, un periodista quiere verlo. Que para preguntarle de su comité de censura.

GUASP: Comité de lectura se llama. Pues no vamos a poner cualquier mamarracho que nos traigan, sólo porque lo escriban mexicanos.

MANDADERO: Que si lo deajo pasar al foro.

GUASP: Voy allá.

AMELIA: ¿Tenemos un comité de lectura?

GUASP: El comité soy yo. *(Va a salir.)*

ELOÍSA: *(viendo a Amelia)* Y vamos a discutir aquí lo de los nombres en el programa, ¿no te parece?

GUASP: *(irritado se detiene)* ¡Una cosa a la vez, Eloísa, por favor! Y ensaya, que buena falta te hace. *(Sale.)*

ELOÍSA: *(se queda muda. Luego)* ¡Enrique! ¡Exijo que se me hable en otro tono! ¡Enrique! *(Sale tras él.)*

AMELIA: Ya está ensayando. Le sale muy bien su papel de Juno.

LULÚ: Te va a oír.

AMELIA: Que me oiga. Está furiosa por el nuevo cartel. *(Risita.)* Yo lo siento mucho.

Entra una vendedora de tacos.

VENDEDORA: Tacos calientitos, señoritas, ya les traje sus tacos para que levanten las piernitas con más ganas.

Van a ella las coristas, que han ido entrando.

LULÚ: No me echen manteca al piano, pongan esos tacos en otra parte, joder. Y denme unos.

Salen todos tras la taquera. Reentrarán, cruzarán, se quedarán dos al fondo.

AMELIA: *(coqueta)* Huele a humo.

CHUCHO: ¿Dónde?

AMELIA: Aquí... Quién sabe quién se chamuscó anoche.

CHUCHO: El incendio de veras no fue ayer. Fue el viernes pasado.

Risita de ella.

AMELIA: Esas cosas... no es caballeroso recordarlas.

CHUCHO: Esas cosas no puede uno olvidarlas nunca.

AMELIA: Pero tampoco se repiten.

CHUCHO: ¿No se repiten?

AMELIA: Tengo un compromiso hecho, tú lo sabes. Él es muy cariñoso... No me gusta portarme mal. *(Pausa.)* Ahora... que si andas por ahí salvando niñas... algún premio hay que darte.

CHUCHO: ¿De verdad?

Se sonrían. Ella le pasa un dedo por la mejilla hasta la boca. Lo retira antes de que él pueda morderlo.

AMELIA: Quédate a ver el ensayo... y ya después... platicamos. ¡Qué harta estoy de estos gachupines! Hablaba el otro día con Manterola.

CHUCHO: ¿Quiénes?

AMELIA: Un autor. Pensábamos qué lindo sería una compañía de mexicanos, con ilusiones y alma de mexicanos, con mucha gente salida del Conservatorio, en vez de tantas reliquias coloniales.

CHUCHO: Los oí platicar. Eran planes muy bonitos.

AMELIA: Eran sueños, no planes.

Entra Guasp, con el periodista detrás.

Chucho el Roto

GUASP: Darle al público el mejor teatro del mundo: eso es hacer labor patriótica y educativa.

PERIODISTA: Y, bueno, se quejan los autores mexicanos que nadie los estrena...

AMELIA: ¿Ensayamos?

GUASP: Por supuesto.

AMELIA: Aquí nunca se sabe. Voy a cambiarme. *(Sale.)*

GUASP: ¿Qué autores mexicanos hay? Me he acabado los ojos leyendo todo, vivos y muertos. ¡No hay nadie!

PERIODISTA: Bueno, la gente dice que como es dinero del gobierno...

GUASP: ¡Que me traigan obras! Yo se las paso, religiosamente, al comité de lectura. Claro, los del comité siempre están bastante ocupados, son gente importante, funcionarios... Saben. Hasta ahora no han encontrado una sola obra digna de nosotros.

Entra la corista 3.

CORISTA 3: Que dice la Zaldívar que alguien la ayude a apretarse el corsé.

GUASP: Ayúdala tú.

CORISTA 3: Necesita alguien muy fuerte.

Salen tras ella Guasp y el periodista.

Entra Amelia, muy trastornada. Aprieta algo contra el pecho.

LULÚ: Amelia, ¿qué te pasa?

AMELIA: ¿Quién ha venido aquí hoy?

LULÚ: ¿Cómo quién? Todos nosotros.

AMELIA: Alguien extraño, alguien de fuera, ¿quién?

LULÚ: ¡Te robaron algo! ¡Pedrito, ven acá! Qué barbaridad. ¿Qué te robaron?

Se acercan las coristas.

CORISTAS: —¡Ya te robaron a ti también!

—A quién no...

—Puros ladrones hay aquí...

—¿Te sientes mal?

AMELIA: ¡No me han robado nada y no me siento mal! Déjenme en paz. Lulú, no inventes cosas.

LULÚ: ¿Pues qué sucedió?

AMELIA: Me... me hallé un recado en mi... camerino.

LULÚ: ¿Recado de qué?

CHUCHO: ¿Alguna mala noticia de su familia, señorita Amelia?

Ella se vuelve. Se le queda viendo. Entra el mandadero.

MANDADERO: ¿Quién me gritó?

LULÚ: Pedrito, pregunta Amelia que quién vino hoy al teatro, aparte de nosotros.

MANDADERO: Ese periodista...

LULÚ: ¿Nadie más?

MANDADERO: Nadie que yo viera.

CORISTA 1: ¿Pues qué te pasó, Amelita?

AMELIA: Un recado de mi familia... Estoy trastornada, no puedo contarles.

Entran Guasp y Eloísa.

GUASP: Ahí viene ya la Zamacois. Vamos a empezar. Segundo cuadro del Olimpo. Antes de la entrada de Juno. ¡Amelia! ¿Estás dormida?

AMELIA: No me siento bien. No voy a ensayar. *(Sale.)*

GUASP: ¡Amelia, ven acá! ¿Qué dices? ¿Qué día es el de hoy!

Sale tras ella.

ELOÍSA: ¡Pónganle más grande el nombre en el cartel, para que más se crea! Alzada, venida a más, eso es lo que le pasa. *(Sale.)*

LULÚ: ¡No sean injustos! ¡Que se le ha muerto alguien en la familia! *(Sale.)*

CORISTA 5: Por mí, que no se ensaye. Yo me sé siempre mi papel. *(Sale.)*

CORISTA 1: A Amelita se le ha muerto alguien, ya decía yo.

CORISTA 2: ¿Cómo se enteró Lulú?

Van saliendo, comentando.

Queda solo el apuntador, sentado de espaldas a la luneta, con su libreto en la mano.

APUNTADOR: ¡Coño con el ensayo! *(Se levanta y sale.)*

Vuelve Chucho a clavetear y remendar las duelas del piso. Cambio de luz.

Atardecer. Chucho abre una canasta con tacos y come. Toma un trago de un jarro de pulque.

Amelia entra, despacio.

AMELIA: Qué sabroso.

CHUCHO: ¿Gusta probar? Los hizo mi hermana.

AMELIA: ¿Sí? Gracias. (*Toma uno.*) ¿Qué hay en el jarro?

CHUCHO: Curado de tuna.

AMELIA: (*lo prueba*) Riquísimo. (*Lo observa, sin cesar, como conociéndolo.*)

CHUCHO: ¿Ya se siente mejor?

AMELIA: Ya.

CHUCHO: ¿No fue muy grave... lo de su familia?

AMELIA: A Dios gracias, nada le pasa a mi familia.

CHUCHO: Ah. Yo pensé...

AMELIA: Sí. Tú pensaste. Recibí este papel: (*lo saca del seno*) “Una artista admirable merece decidir su propia suerte y realizar sus más bellos proyectos. Reciba esto como un homenaje del más humilde de sus vasallos”. (*Lo observa.*)

CHUCHO: Le trajeron... flores.

AMELIA: Me trajeron... esto.

Abre un paño: vemos chisporrotear un puñado de piedras preciosas. Chucho lo tienta con la yema de un dedo, toma una, la ve.

CHUCHO: Están bonitas. ¿Para... adornar un vestido?

AMELIA: Chucho, yo no soy tonta y hay cosas que se aprenden aprisa en el teatro: estas piedras son buenas.

CHUCHO: ¿De verdad? (*Silba.*) Eso es un homenaje.

AMELIA: Demasiado bueno. Y... ya fui a ver un joyero. ¿Quién crees que pueda habérmelas dejado?

Chucho el Roto

CHUCHO: Amelita, ¿yo cómo voy a saber?

AMELIA: Las quitaron de sus engarces. Chucho: veme a los ojos.

CHUCHO: (*sonriente*) Amelita, ¿qué está usted pensando?

AMELIA: Que creo en los diablos, y en las tentaciones... Y en la posibilidad de tener mi propia compañía.

CHUCHO: Con jóvenes del conservatorio y repertorio mexicano...

AMELIA: Eso. Pero, ¿de dónde vienen estas joyas?

CHUCHO: Una artista tan linda como usted nunca tiene por qué explicar esas cosas.

AMELIA: No quiero que la gente haga locuras por mí. Ni que a nadie le pase nada malo. Esto... huele a humo.

CHUCHO: No sé qué se le ocurra, pero al fuego nadie le pide cuentas. ¿O qué está diciendo de humo?

AMELIA: Eres un hombre muy extraño y muy... (*Calla.*)

CHUCHO: ¿Y muy?

AMELIA: ¿Por qué me hablas de usted?

CHUCHO: Por respeto. A las diosas del Olimpo se les habla de usted.

AMELIA: Mentiras: en los rezos y en el teatro a todos se nos habla de tú. ¿Qué voy a hacer con esto?

CHUCHO: Es suyo, se lo han dado. No soy quién para darle un consejo.

Ella lo besa de pronto, se le cuelga con fuerza.

CHUCHO: No está bien que bese así a un carpintero. ¿Qué van a decir si la ven?

AMELIA: ¿No quieres que te bese?

CHUCHO: Digo... Podemos ir... a su camerino.

Salen.

Aventura en la cárcel

Delante del comodín, una larga reja de barrotes. Penumbra de velas, bultos humanos hacinados... Algunos fuman.

RORRO: Carpinterito... ¿No quieres darle un beso a Juana?

CHUCHO: ¿Invitas?

RORRO: Un besito... y la pasas.

Chucho fuma.

RORRO: Dale bien las tres, con confianza.

Chucho las da.

CHUCHO: Gracias, hermano.

RORRO: Salgo pronto. Ya ves que estamos por poca cosa. (*Risita de marihuano.*) Ah, qué la vida tan chistosa.

¿Sabes que debo algunas medio serias? Y nos trajeron por borrachera y escándalo. (*Se ríe.*) Cuéntale, Marciano.

MARCIANO: Tú estás de conversador, yo no.

RORRO: La verdad es que asaltamos a un señor... pero no quiso venir a declarar. Es que aquí mi Marciano le había hecho ojitos, y él había correspondido. Se lo llevó a lo oscuro, por el fondo de la Alameda, allá donde le dicen el Quemadero, ¿conoces? Y llegué entonces yo pero el señor era muy nervioso y no sabes qué de gritos empezó

Chucho el Roto

a dar. De pura casualidad andaban dos tecolotes por ahí. Llegaron... (*Risita*) El señor ése dijo que no, que no era robo. Nada más susto de borrachos y faltas de respeto, y... (*risita*) Mira, vale, hasta me da risa. Marciano y yo nos despachamos ya dos cristianos. Uno que le cortamos el pescuezo, por culero y rajón. Por traidor. Otro se nos pasó la mano, ni modo. Y ya ves... Otro besito, ¿quieres?

CHUCHO: Viene, mi hermano.

RORRO: Pero mío, no de Juanita.

CHUCHO: No. De esos no.

RORRO: No te creas. Aunque me caes muy bien, carpintero. ¿Por qué te robaste esa niña?

CHUCHO: Ya te dije: es mi hija.

RORRO: ¿Y dónde la escondiste?

CHUCHO: Donde no la van a encontrar.

MARCIANO: Rorro, no seas ojo. Pásala. Ya nada más al carpintero invitas.

RORRO: Ándale, chupa. No seas llorón.

MARCIANO: Me diste la pura bacha.

RORRO: ¡No te la acabes!

MARCIANO: Ya nomás eran uñas.

CHUCHO: La mamá ni la quiere. La mandó a un rancho, con una criada. Se afrenta de ella. Y está rete chula mi niña... Se parece a la mamá.

PRESO: Cambio cobija por carrujo.

MARCIANO: No hace tanto frío, vale.

PRESO: ¿No quieres venir a calentarte tantito?

MARCIANO: Aquí pregúntale a mi señor, cabrón. No estoy solo.

PRESO: Nomás preguntaba. No hay pedo.

RORRO: ¿De verdad es rica?

CHUCHO: Es muy rica. Es bonita. Muy bonita...

RORRO: Todas las viejas son unas putas. Las ricas, más.

CHUCHO: No todas, Rorro.

RORRO: A mí ni me gustan, pa qué más que la verdad.

Claro, si alguna se ofrece, pues total... Oye, tú ya llevas

aquí más de dos semanas. ¿No quieres echarte uno? Con

Marciano, conmigo no. Pero te lo presto. Tú y yo somos

cuates. Y si me caes bien, le caes bien a él, ¿qué dices?

CHUCHO: Gracias, Rorro... Pero nada más me gustan las mujeres.

MARCIANO: ¿Por qué me andas ofreciendo, cabrón?

RORRO: Porque no tengo hermana. Yo aquí a mi carpintero... Lo que él quiera.

MARCIANO: Te está gustando, ¿verdad? ¿A poco no me he fijado? Pinche Rorro.

RORRO: No seas pendejo. Es amistad de hombres. Y tú no entiendes de eso. Tú crees que todo es calentura.

MARCIANO: Entiendo más de lo que crees. *(Se va al fondo.)*

RORRO: Ese pendejo ya se sintió. No entiende... que yo te quiero como hermano. Ten, toma un carrujo entero. Para que no te sientas solo. Voy a consolar a aquél.

Se levanta y se va al fondo, con Marciano. Chucho fuma. Oscuridad, en que quedan brillando puntos de cigarro, como luciérnagas.

Una luz opaca, de mañana, entra lateralmente a la celda.

En primer término, escritorio viejo, sillas, un perchero, una mesita que funge como escritorio.

Chucho el Roto

Dos gendarmes hacen rutina de limpieza en la oficina. Entran el comisario y el actuario; muy friolentos.

Un preso canta con guitarra: La copa de oro.

PRESO: *(quedo)* Por ahí viene ya
la joven a quien yo adoro
y en la mano trae
una linda copa de oro
y en la copa trae
el veneno del amor...

El comisario se sienta ante el escritorio y cae patas arriba: su sillón se rompió.

COMISARIO: ¡Me lleva la chingada!

ACTUARIO: *(oficioso)* ¿Se cayó usted, licenciado?

COMISARIO: No, pendejo. Me acosté aquí a descansar.

POLICÍA: ¿Quiere que lo ayude a levantarse?

COMISARIO: ¿Qué esperas, infeliz? ¡Con cuidado, que me rompí la madre! Ay. ¿No iban a mandar arreglar este sillón?

POLICÍA: Son rete informales los carpinteros.

COMISARIO: El sábado se emborrachan: agárrenlos presos, pónganlos a trabajar.

POLICÍA: Pues aquí tenemos uno, nomás que no es por borracho.

COMISARIO: ¿Un qué?

POLICÍA: Carpintero.

ACTUARIO: Se robó una niña y la escondió. No se le probó nada, pero van a darle dos o tres años, por las dudas.

La semana que viene se va a Belem.

COMISARIO: ¡Qué me importa! ¿Es carpintero? ¿Por qué no lo han puesto a arreglar las sillas, para que no se mate uno?

POLICÍA: Nadie nos dijo, licenciado.

COMISARIO: ¡Yo les estoy diciendo!

POLICÍA: Ya que usted asume la responsabilidad...

COMISARIO: ¿Cuál responsabilidad? ¿No están ustedes aquí? ¿Y los huevones de la entrada? Nomás lo vigilan y ya.

POLICÍA: Pues eso sí.

COMISARIO: Si me buscan, estoy en el café de los chinos.

ACTUARIO: Yo también, si aquí mi licenciado no se opone.

Salen.

POLICÍA: ¡Jesús Arriaga! ¿Dónde está? ¿Usté es el carpintero?

ARRIAGA: Aquí mero estoy.

POLICÍA: Véngase a arreglar esta silla.

ARRIAGA: No voy nada. ¿O qué salgo ganando?

POLICÍA: ¿Quién le está preguntando si quiere? Le digo que salga a trabajar.

CHUCHO: Trabaja tú, plasta de mierda, sirve de algo. Yo no arreglo nada. A menos que consigas unas dos botellitas, o unos diez carrujos...

POLICÍA: ¿Sales o te saco?

CHUCHO: ¡Entra y sácame!, a ver a cómo nos toca. Órale.

PRESOS: —Entra, cabrón.

—Anda.

—Te esperamos.

—Ven, hijito.

El policía duda. Ve al otro.

POLICÍA 2: (*quedo*) Qué pendejo eres. (*Alto.*) Oyes, carpintero te vamos a dar de tragar bien, mientras estés fuera y cuenta con tus botellitas: buen mezcal.

CHUCHO: Eso es hablar. Voy para afuera.

Abren la reja, sale Chucho.

POLICÍA 1: Ese sillón. Y revisa este otro, no vaya a pasar lo mismo.

Chucho lo revisa.

CHUCHO: Aquí las polillas sí tragan bien. Hay que cambiar esta pata... A ver el otro. (*Va.*) El asiento está rajado, y si se rompe se les va a clavar una pata en el culo.

RORRO: ¡Eso les va a gustar reteharto!

CHUCHO: Pero puede reforzarse.

POLICÍA 2: Pues ándale. Hazlo.

CHUCHO: ¿Y qué tal una botellita de anticipo? Hace un frío de la chingada.

POLICÍA 2: ¿Vas a tomar ahorita?

CHUCHO: Vamos. Mis amigos y yo.

Aplausos y exclamaciones de los presos.

POLICÍA 2: Tráele un mezcal. Agarra de las multas y cómpraselos.

Sale policía 1.

Emilio Carballido

CHUCHO: Bueno, voy a trabajar... ¿Por dónde hay clavos, serrote? ¡Martillo, de perdida! ¿Y madera? No querrás que arregle esto con saliva.

RORRO: Con saliva, Jesús, para que pueda usar los palos el tecolote, ¡ya sabes cómo! POLICÍA: Serrote, martillo, clavos... ¿Qué más?

CHUCHO: Y unas tablitas que consigas, para remendar.

POLICÍA 2: Está bien.

Va a buscar a un mueble. No encuentra nada.

POLICÍA 2: Hasta dos serrotes hay. A ver si los hallo. No sé si hay martillo.

CHUCHO: Una piedra, de perdida.

Sale el policía 2. Chucho está solo. Rorro está pegado a la reja. Se ven.

Entra un licenciado con abrigo, bufanda, sombrero y catarro. Se desenfunda, cuelga todo en un perchero. Mientras:

POLICÍA: (gangoso) Busco al licenciado Organvide. ¿No ha llegado?

CHUCHO: Dijo que...(ve las prendas) que lo esperara usted un momento. Creo que fue al excusado.

POLICÍA: Está bien. ¿Usted es empleado?

CHUCHO: Soy... carpintero. (Señala la silla.)

POLICÍA: Están rotas.

CHUCHO: Puede sentarse... allá. (Señala hacia afuera.)

Chucho el Roto

Sale el licenciado, displicente. Chucho ve a los presos, al Rorro. Hace señal de cautela. Se pone abrigo, sombrero. Va a la bufanda, cuando entra de nuevo el licenciado.

LICENCIADO: ¿Sabe? Voy mejor aquí junto, al... ¿Qué hace usted con mi abrigo?

Está junto a la reja. El Rorro lo pesca: lo toma por el pescuezo. Grito leve y ahogado, se le afloja el cuerpo: le han roto el cuello.

MARCIANO: ¿Qué haces, pendejo? ¡Si tú y yo salimos en una semana!

RORRO: Cállate.

Chucho ve el cuerpo colgante. No sabe qué hacer.

RORRO: Lárgate, carpintero. Yo me las arreglo.

CHUCHO: Yo te voy a sacar de aquí.

MARCIANO: Dinos cómo, cabrón.

CHUCHO: Doy mi palabra.

Rorro suelta al licenciado. Cae, como un títere roto.

MARCIANO: Está muerto.

CHUCHO: Van a salir. Palabra de Chucho el Roto.

Busca con la mirada. Pone un escritorio, cubriendo el cuerpo. Se endereza.

CHUCHO: Digan que fui yo.

Acaba de acomodarse la bufanda. El policía 1 viene entrando con la botella. Va a cruzarse con Chucho.

POLICÍA 1: Buenos días, licenciado.

CHUCHO: (*gangoso*) Si preguntan por mí, estoy en el café de los chinos. (*Sale.*)

POLICÍA 1: (*hacia él*) Allí iba a estar el licenciado Organvide. (*Ve en torno.*) ¿Dónde está el carpintero?

RORRO: Fue con tu cuate a buscar unas tablas viejas, por allá.

Va a salir el policía 1, casi choca con el segundo que trae serrote, tablas y un puño de clavos.

POLICÍA 2: ¿Trajiste el mezcal?

POLICÍA 1: Aquí está.

POLICÍA 2: ¿Y el carpintero?

POLICÍA 1: ¿No está contigo?

Se ven. Ven en torno. El segundo ve el escritorio movido. Va a quitarlo de allí, descubre al licenciado. Se inclina a ver el cuerpo. Se endereza, ve a los presos. Da un inmenso silbatazo.

Cambio a luz de ensayo: para reacomodar muebles, sacar al licenciado. Un preso canta, mientras, el "Corrido del prisionero".

Cambio de luz: es noche avanzada. El corrido sigue sonando lamentosamente. El comisario y el actuario están ante su escritorio y su mesa, respectivamente. El primero dormita, el otro lee un folletín.

Chucho el Roto

Entran dos hombres medio borrachos, pero no muy ostentosamente; hombres del pueblo, de extracción rural, medianamente acomodados.

CHUCHO: Señor. Usted nos ha de dispensar. Buenas noches, ¿no molestamos, señor?

PEDRO: ¡Buenas noches, señor! ¡Buenas noches, señor!
(Da la mano al comisario y al actuario.)

COMISARIO: *(fastidiado)* ¿Qué pasa, qué se les ofrece?

CHUCHO: Que aquí mi amigo y yo queremos preguntarle una cosa.

COMISARIO: ¿Qué cosa?

CHUCHO: Pos si es que estarán las apuestas permitidas por la ley.

COMISARIO: ¿Qué clase de apuestas?

COMISARIO: *(ve al actuario, le guiña el ojo)* Pues sí pueden apostar, pero tienen que pagar aquí el impuesto.

CHUCHO: ¿Impuesto? Ah, qué caray. ¿Ya ve, compadre?

PEDRO: Lo pagamos. Que el señor sea tan amable de decirnos cuánto es.

COMISARIO: Dos pesos cada uno.

PEDRO: ¿Como estos? ¿Ahora sí ya podemos apostar?

COMISARIO: Ahora sí ya.

PELUDO: Pues a ver, compadrito.

CHUCHO: Voy yo. *(Al comisario)*. Chinga a tu madre, pinche güey *(y le jala ferozmente la nariz. El comisario grita)*. Págueme, compadre: ya le menté la madre y le estoy jalando la nariz, como apostamos.

PELUDO: Ni hablar. Ahora voy yo.

Emilio Carballido

Patea las nalgas del comisario, pesca luego al actuario, lo coloca en pose a la fuerza y le da un patadón. A los gritos, llegan los policías.

PELUDO: ¿Ya vio, compadre? Yo también cumplí mi apuesta.

Gritos, barahunda, golpes, carcajadas de los dos. Mientras:

COMISARIO: ¡Agárrenmelos, para que les dé una patada! ¡Borrachos pendejos, van a aprender a apostar!

Recibe otro golpe peor, va a dar lejos.

POLICÍAS: —¡Ya se los tenemos, jefe!

—¡Aquí están, bien agarrados!

—¡Pégueles usted mismo!

El comisario, sádico, se acerca. Va a descargar el golpe: Pedro y Chucho se sueltan, de repente. El comisario recibe una patada en la entrepierna. Golpes abundantes a los policías: Pedro es gravísimo de manejar.

Abren la reja y los lanzan dentro.

COMISARIO: (*pujando*) ¡Enciérrenlos! ¡Estos los mando a Yucatán! ¡Van a ver su suerte, cabrones!

Entra una mujer, muy compungida: la Changa.

Chucho el Roto

CHANGA: Ay, señor, ya los encerraron. Yo se los dije. Ay, viejo, te lo mereces por borracho y por falta de respeto. ¡Cómo se te fue a ocurrir, venir a faltarles a los señores!

ACTUARIO: ¿Y usted quién es?

CHANGA: Soy la esposa de Melitón, que es éste que está aquí. ¿Cuánto va a haber que pagar, señor, para ir por dinero a la casa?

ACTUARIO: Vaya trayendo como cien pesos, a ver si le alcanza.

CHANGA: ¡Jesús! ¡Cien pesos!

COMISARIO: ¿Cómo que cien? Traiga quinientos y ya luego hablamos.

CHANGA: (*llorando*) Ay, señor. Voy a pedir prestado. Creo que sí puedo conseguirlos... Nomás le ruego que me guarden este barrilito de mezcal, para no andar cargándolo.

PELUDO: ¡Vieja pendeja, déjanoslo aquí! Esos van a beberselo.

CHANGA: No te dejo nada. ¡Por borracho te encerraron! Orita vengo, señor... Ay, quinientos pesos... Cómo va a ser... (*sale*).

CHUCHO: Denos ese barrilito. Es nuestro.

POLICÍA: Orita, mano, orita. Nomás que esté vacío.

PELUDO: ¡No se lo vayan a beber, no hay que ser!

COMISARIO: (*que no ha dejado de apretarse los huevos*)
Sírvenme un trago, pero ya.

ACTUARIO: Aquí está, licenciado. ¿Podemos probar tantito?

COMISARIO: Tomen harto, para que sufran estos ojetes.

POLICÍA 1: Me arde el hocico. Me lo rompieron.

POLICÍA 2: Haz buchec, como yo.

ACTUARIO: Muy bueno. Puro Oaxaca.

COMISARIO: Sírveme otro.

Beben todos. Uno de los policías es el primero en trastabillar.

POLICÍA 1: ¿Qué pasó? ¿Quihubo?

POLICÍA 2: ¿Qué pasó de qué?

POLICÍA 1: Está... fuerte... (Cae.)

POLICÍA 2: ¿Y ora éste? Ah, chispiajos... (Cae.)

COMISARIO: Este mezcal... ¡Este mezcal...! (Cae.)

POLICÍA: ¡Carajo! (Cae.)

POLICÍA: Me lleva la china Hilaria... (Cae.)

COMISARIO: Ah qué las hilachas... (Cae.)

Caen todos. Los presos ven, pegados a la reja.

CHUCHO: Abusados y no hagan ruido. Voy a abrir. Aléjense. Que esto no vaya a salpicarlos. Hazte para atrás, Peludo.

Saca un frasquito, lo vierte en la cerradura, humareda. Pausa. Da una patada a la reja, la abre. Van a lanzar exclamaciones los presos.

PELUDO: Callados. No digan nada.

CHUCHO: Vamos a salir de a poquitos. Vámonos, Rorro. Y tú, Marciano. Ya ven que cumplo mi palabra.

RORRO: ¡Eras tú! ¡A lo macho eras tú! (Lo abraza.)

Viene la Changa.

Chucho el Roto

CHANGA: ¡No hay moros en la costa! ¡Vámonos!

MARCIANO: ¡Éste es de los míos!

CHANGA: (*escamado*) ¿Qué pasó? ¿De cuáles tuyos?

PRESO: ¡Es Chucho el Roto!

CHUCHO: Nos vamos los cuatro. Cuenten hasta cincuenta y se van otros cuatro, despacito. Buena suerte, muchachos.

PRESOS: ¡Arriba Chucho el Roto!

VARIOS: ¡Arriba!

CHUCHO: Callados, carajo. Puede llegar alguien.

PRESO: Llévame contigo, Chucho.

CHUCHO: No se puede, ya me llevo estos dos. Pero tal vez volvamos a vernos.

PRESO 2: ¡Nomás que no sea aquí!

CHUCHO: De cuatro en cuatro. Contar hasta 50. Callados.

Saluda. Salen él y su banda.

PRESO: ¡Ése era Chucho el Roto!

Telón.

Segunda jornada

**Beber en copa de oro
(La historia de Matilde)**

La sala de los de Frissac. Elegancia, riqueza. Puerta ventana al fondo, que da a un jardín.

Al piano, Matilde toca un vals venezolano: Sufrir y callar, de Rogerio A. Caraballo.

Se vuelve un poco, para ver al joven que forra un sofá en primer término, junto al banco de carpintería.

Chucho se interrumpe en su trabajo, alza la cara, ve con atención un cuadro.

MATILDE: Es un retrato de mi abuela.

CHUCHO: Es un cuadro de Goya.

MATILDE: Creo que sí... *(se le acerca)*. La pintaron en España, porque ella era española y... parece que un pintor muy bueno. Tan bueno que pintaba a los reyes.

CHUCHO: Sí. He visto cómo.

MATILDE: A usted... le gustan los cuadros.

CHUCHO: Para ser ebanista hay que saber dibujar un poco.

MATILDE: ¡Estudió pintura!

CHUCHO: Solamente dibujo.

MATILDE: ¿Usted solo?

CHUCHO: Con los frailes bernardinicos, de Orizaba. Y me gusta ir a San Carlos, a ver cuadros.

MATILDE: Ah *(pausa)*. Allí hacen unos bailes de disfraces

Chucho el Roto
muy lindos. Claro, a mí no me dejan ir. Ya decía yo que...
que usted no parece un carpintero... corriente.

CHUCHO: Corriente, no.

Quedan viéndose. Risita de ella. Regresa indecisamente al piano. Él vuelve a su trabajo. Impulsiva, Matilde toca algo muy brillante. Se interrumpe.

MATILDE: ¿No le molesta que toque?

CHUCHO: Me agrada inmensamente.

MATILDE: Qué bueno. Qué bueno. Acá en la casa les fastidia mucho y... por eso tengo que estudiar cuando no hay nadie. Ahora no hay nadie y por eso ve que puedo estudiar.

CHUCHO: (*trabajando*) La dejan sola... toda la mañana.

MATILDE: Figúrese. Se van. Mi hermana, a sus caridades y otras obligaciones así. Mi papá... tantos negocios...

CHUCHO: ¿Y su mamá?

MATILDE: Murió cuando éramos chicas... ¿Y usted?

CHUCHO: ¿Yo?

MATILDE: Sí. ¿Tiene familia? ¿Mucha familia?

CHUCHO: Vivo solo. Mi madre está casada de nuevo, porque enviudó.

MATILDE: Aaah, mire. Murió su papá.

CHUCHO: Cuando todavía éramos chicos, mi hermana y yo.

MATILDE: ¿Y en dónde viven?

CHUCHO: Somos de Orizaba. Ellos están allá. Mi hermana se casó hace poco.

MATILDE: Orizaba... He pasado, yendo a Veracruz.

CHUCHO: ¿Le gusta ir al mar?

MATILDE: Sí, bueno, digo, el mar... Me pone a veces nerviosa... porque... suceden tantas cosas... en la playa... *(Se moja los labios. Toca.)*

Chucho trabaja. La observa. Sonríe.

MATILDE: Ya me equivoqué. Tengo los dedos un poco nerviosos... Digo, un poco fríos. Hoy es una mañana fría, ¿verdad? ¡Si estamos en verano! Una tontería, digo yo. Es agosto... Será porque ha llovido tanto. En Europa, por estas fechas, hace mucho calor. Unos días preciosos. Acá, no. Ahora, el jardín está imposible con tanta agua. *(Se levantó, fue al fondo.)* Mire qué triste se ve...

Chucho va. Ahora están los dos al fondo, contra la puerta ventana. Ella ve hacia afuera, él la observa a ella.

MATILDE: ¿Ya ve? Triste...

CHUCHO: Una gran belleza.

Ella se vuelve. Se sobresalta.

MATILDE: ¿Qué? ¿Cómo? Claro, el jardín... No me vea así. Me da miedo.

Ella afloja el cuerpo, de frente a él. La toma, la besa largamente, se separan. Ella tiene cara de terror. Le toca los brazos, como sonámbula. Le toca el vientre, los muslos, el sexo. De pronto, lanza un gemido y se desmaya.

Chucho casi no alcanza a detenerla. Sonríe. La toma y la lleva al sofá: la acuesta. La besa, la acaricia.

Chucho el Roto

CHUCHO: Estás helada, ¿qué te pasa? **Matilde.** (*Le toca las manos.*) ¡**Matilde!** (*Se incorpora.*) ¡**Desmayada, de verdad!**

Ve en derredor. De un florero, toma agua. Le rocía la cara. Ella se queja, se incorpora. Lanza un gemido, lo ve con terror.

MATILDE: ¿Qué me hizo usted?

CHUCHO: Nada. Yo no toco a una mujer desmayada. La que conmigo quiera cualquier cosa, debe ser en sus cinco sentidos.

Ella empieza a sollozar.

MATILDE: ¡Váyase, por favor!

CHUCHO: No he terminado mi trabajo.

MATILDE: Mañana. O llévese el mueble. Váyase de aquí. ¡Pero ya! ¿Qué espera?

CHUCHO: Lo que usted diga, señorita de Frissac.

Sale. Llanto y sollozos de Matilde.

Se cierra el comodín. Es la carpintería y Chucho trabaja, silbando "La paloma". Allí sigue el mismo sofá de los Frissac.

Entra Matilde, de la calle. Muy elegante: sombrero, sombrilla.

MATILDE: Buenos días.

Chucho la ve.

CHUCHO: Señorita de Frissac, buenos días. Le ruego que pase.

MATILDE: Pues... Ya ve que vine... a ver cómo va el mueble.

CHUCHO: Aquí lo tiene: casi listo.

MATILDE: Dicen que es muy fino, por eso lo llamamos a usted. Alguien lo recomendó con mi papá.

CHUCHO: Tiene uno amigos...

MATILDE: Es... Sí. Es bonito. Tiene muy buen tamaño. Quiero decir, buenas proporciones. Se siente muy a gusto para... Digo... *(risita)* Es cómodo. *(Enrojece.)* Bueno, pasaba por aquí. Mi hermana y yo tenemos... algunas caridades en este... rumbo.

Chucho se acerca a ella. La ve en silencio.

MATILDE: No me vea así. Me da miedo.

CHUCHO: Primero, va a contestarme dos cosas. Pero de verdad. Después, voy a cerrar la puerta. De lo que usted me diga, depende el lado de la puerta en que se va a quedar.

MATILDE: ¿El lado de la...? No entiendo. ¿Qué quiere preguntarme?

CHUCHO: ¿Va usted a desmayarse?

MATILDE: ¿Yo?

CHUCHO: Usted.

MATILDE: *(empieza a respirar con mucha fuerza)* No sé. ¿Cómo voy a saberlo?

CHUCHO: Sí sabe. ¿Va a desmayarse?

MATILDE: No.

CHUCHO: ¿No?

MATILDE: Prometo que no.

CHUCHO: ¿Y va a llorar?

MATILDE: No.

CHUCHO: Entonces, voy a cerrar y va usted a quedar del lado de adentro.

Despacio, va y cierra la puerta a la calle.

MATILDE: ¿Por qué cierra? Qué oscuro quedó su taller.
¿Por qué cerró?

CHUCHO: ¿De veras no sabe por qué? Sí sabe. No es tonta.

MATILDE: ¿Tonta? ¿Yo?

Ella jadea. Está frente a él. Él la toma por la cintura. Ella lanza un gemido.

MATILDE: ¿Qué haces?

Él la besa y la manosea.

MATILDE: Así. Tócame toda. Hazme lo que quieras. Hazme... Hazme... Aah. ¡Ah! Qué hermoso eres. Es horrible que seas tan bello. Qué hermoso. Tan vulgar, tan vil. Carpintero, eso eres. Agárrame, hazme lo que quieras. Deja tentar tu cuerpo. Deja verlo. Deja que te vea desnudo.

Le rompe la ropa a tirones, dando gritos y gemidos. Lo muerde, lo lame.

MATILDE: Salado, tu cuerpo, sudado. Sabes a sudor. Cuidado con mi ropa, no, no, no me rompas la ropa. Qué van a decir en mi casa. Los botones, cuidado, no, al suelo no. ¿Qué les voy a decir?

CHUCHO: Di que te atropello un caballo.

La ha tirado a un rincón, detrás del banco, en un montón de aserrín. Gritos, gemidos, incoherencia. Vuelan al aire nubes de aserrín.

MATILDE: *(aúlla)* Rómpela, rompe la ropa, rómpela. Rómpeme, mi vida, rómpeme. *(Alarido.)*

Gemidos, jadeos... Luego el silencio.

Una pausa. Matilde se incorpora, como borracha, ropa y pelo en un desorden atroz.

MATILDE: ¿Qué hora es? Ha de ser tardísimo. Creo que... tengo que irme. Ay, qué voy a decir. Mira mi ropa... *(golosa)* Eres... un poco brutal. ¿Qué me has hecho? ... De veras voy a decir que tuve un accidente. Tal vez entonces sí me ponga a llorar. Conste, no me desmayé. ¿Cómo te llamas?

CHUCHO: *(sonríe)* Jesús Arriaga para servirla, señorita de Frissac.

MATILDE: Qué lindo eres, tan respetuoso. Dime Matilde cuando estemos a solas.

Le acaricia la cara, se sacude el aserrín.

Un empujón a la puerta, luego tocan.

PELUDO: *(fuera)* Jesús, ¿qué pasó? ¿Por qué cerraste?

MATILDE: *(quedo)* Espera un momento. *(Se compone otro poco, lo mejor que puede.)* Ahora sí.

Él va a besarla, pero ella no parece dispuesta, se retrae levemente.

CHUCHO: *(abre)* Pasa, pues.

Entra el Peludo.

MATILDE: Está muy bien lo que ha hecho. Pero ya entréguenos pronto estos muebles. Ha tardado usted.

CHUCHO: Yo le avisaré en cuanto estén. Le llevaré el trabajo muy pronto... por la mañana. A la hora en que usted estudia piano.

MATILDE: Muy buena hora. Adiós.

Sale. Chucho la acompaña. Peludo ve en torno. Ve el montón de virutas del rincón, hace una mueca burlona. Vuelve Chucho.

PELUDO: ¿Qué te pasó? Tienes toda la ropa rota. Y arañazos, moretones...

CHUCHO: Un... accidente. Me atropelló una yegua.

PELUDO: Ya la vi. Muy fina. Tan de pura sangre... que hasta dejó una poca en el aserrín. ¡Qué suerte tienes!

CHUCHO: No tanta... Ahora ya no podemos espulgar las joyas de los de Frissac.

PELUDO: Ah. Ésta era, entonces...

CHUCHO: Sí.

PELUDO: ¡Más fácilmente podemos entrar ahora!

CHUCHO: Sí, pero esas cosas no se hacen. Bastante, va a arrepentirse, la muy... *(suspira)*. O tal vez no se arrepienta.

O... ¿tú qué crees? Ella espera que vuelva a verla. Lo espera.

PELUDO: Cucho: cuidado.

CHUCHO: Sí.

Silba. Empieza a desbastar un tronco con su garlopa. Peludo lo observa. Ambos sonríen.

PELUDO: Qué suerte tienes, cabrón.

Se desvanece suavemente la luz del primer término. Se abre el comedín.

Luz en el salón de los de Frissac.

Entra una robusta mujer del pueblo, precedida por una criadita joven.

(Han salido Chucho y Peludo.)

CRIADA: Tenga la bondad de esperar aquí.

NANA: Claro que aquí. ¿O crees que no sé mi lugar?

CRIADA: Yo no creo nada. No se lo dije por mal. Le dije que esperara. Si quiere, siéntese allí.

NANA: Mira, si quiero me siento aquí, no en el rincón. Porque a mí me conocen y me quieren en esta casa. No soy una recién llegada, ni una pedigüeña, ni vengo a limosnear. A mí me mandaron llamar y vengo porque para algo me querrán mis niñas.

CRIADA: Ay, sí. Seguro que para mucho. Pues atiéndase sola, haga lo que quiera y platíquese sola, también. Yo estoy muy ocupada. *(Sale.)*

NANA: Una peladita, creída y con ojitos de sinvergüenza. A éstas hay que vigilarles las manos, todo quieren llevarse. Y los calzones, que siempre quieren quitárselos.

Suspira. Se sienta. Pausa. Se oyen llantos y gritos dentro, confusos. Luego un “no, no, no” y sollozos, gemidos, ya junto a la puerta.

Entra Eulalia de Frissac.

EULALIA: Ay, Rosario, qué bueno que viniste.

NANA: Mi amor, usted me decía Chayito y me decía nana también. Pues si yo amamanté a su hermanita y usted ya estaba grande, pero era muy celosa y a veces le di sus probaditas, ¿se acuerda? Porque le daban celos que no más a Matildita le diera yo la chiche... ¿Cómo está? Muy guapa, muy elegante. ¿Y mi Matildita?

EULALIA: Al rato vas a verla, yo creo. Aunque, eh... Mira, Chayo: tú ya te quedaste a vivir en el campo, ¿no es cierto?

NANA: Gracias a Dios y a su papá de usted, tengo un ranchito y allí estamos mi marido y yo muy a gusto, lejos de esta ciudad tan grande y tan peligrosa...

EULALIA: Pues Chayo, mira, queremos que te encargues de una niña. Nos la confió... una amiguita que... la tuvo y se murió, y su familia no puede atenderla, por eso pensamos en ti. Es nuestra ahijada.

NANA: Ay, pobrecita criatura. Pues qué bueno que le dio Dios dos ángeles por madrinas. ¿Y qué edad tiene?

EULALIA: Una semana de nacida. Tú estás criando, ¿verdad?

NANA: A mi Lupita. Pero ya ve que puedo con más de una. Mi Chayito es la hermana de leche de Matildita, y ya ella está criando, al parejo que yo. ¿Qué le parece? Es que mi señor no para, rete travieso mi viejo.

EULALIA: Sí, claro. Así son los viejos. Por favor, llévatela y no nos la traigas de visita. Nosotras iremos a verla. Voy a dártela (*Sale.*)

NANA: Ay, ya me anda por ver al angelito. Y una niña, qué bueno. Los varones son muy guerrosos.

Eulalia vuelve, con la niña en brazos.

EULALIA: Ten, Chayo.

NANA: Mi amor, mi tesoro, mi reinita. ¿Cómo se llama?

EULALIA: Mh, no... no sé. No tiene nombre. No la han bautizado.

NANA: Jesús. ¿Y cuándo van a ir ustedes por su humilde casa, para que la...?

EULALIA: Bautízala tú. Encárgate de todo.

NANA: ¿Pues no son ustedes sus madrinas?

EULALIA: Vamos a serlo de... de primera comunión.

NANA: (*la observa*) Ah...

EULALIA: A ver si entonces su mamá puede... A ver si... Digo, sus abuelos. ¡Chayo! ¡Ya llévatela!

La nana se queda viéndola, en silencio.

NANA: ¿Y cómo piensas que se llame?

EULALIA: Tú escógele nombre.

NANA: (*la ve, seria*) Ya que sufrió tanto por nosotros nuestra Señora de los Dolores, le voy a poner así, para que no tenga más penas de las debidas.

EULALIA: Muy bien. Así ponle. Pensamos darte cinco pesos al mes, para que te encargues de ella. ¿Te parece bien?

NANA: Lo que usted diga, mi niña...

EULALIA: Aquí tienes trescientos pesos. Hay para dos años y... para cualquier cosa extra: doctor, o algo que se ofrezca.

Chucho el Roto

NANA: ¿Pero tanto dinero de un tirón? ¿No piensan ir a verla, nunca?

EULALIA: Claro que sí, pero más vale de una vez.

NANA: Como usted ordene y mande.

EULALIA: Bueno, que te vaya bien.

NANA: ¿Y la canastilla?

EULALIA: ¿Cuál canastilla?

NANA: ¡Pues su ropita, sus chambritas, sus pañales, sus zapatitos, sus cobijitas, su... todo!

EULALIA: Ay. Ay... ¿Y no podrías tú...? Eh. En fin... A ver qué cosa te encuentro. *(Sale.)*

La nana se sienta, estudiando el rostro de la niña. Entra despacio Matilde, en bata de encajes, el pelo suelto.

MATILDE: Nana, cómo estás, nanita.

NANA: Matildita, mi Matildita, mi Matildita. *(La abraza, la besa.)* ¿Por qué estás tan pálida?

MATILDE: Estuve un poco enferma. *(Acaricia a la niña.)* Cuídala mucho.

NANA: ¿De quién es esta niña?

MATILDE: De una amiga mía que enviudó y se fue a Europa y... ya sabes qué malo es el mar para los niños. No pudo llevársela.

NANA: Aja. ¿Y cómo se apellida?

MATILDE: ...Arriaga. *(Ahoga un sollozo.)* La quiero mucho y... no nos la quedamos porque... a papá no le gustan los niños.

La nana de pronto le abre la bata, le saca un pecho al aire, lo exprime.

NANA: Esta niña es tuya. Tienes los pechos llenos de leche.

Matilde gritó. Se tira a llorar al sofá.

MATILDE: Nanita, pobre de mí...

NANITA: (*cariñosa*) Ay, mi hijita... Anduvistes de puta...

MATILDE: Sí.

NANA: ¿Por qué no te la quedas? Está tan linda.

MATILDE: ¿Qué iba a decir mi papá?

NANA: ¿No sabe?

MATILDE: Nos fuimos a Tehuacán, dizque a tomar las aguas... Nació allá.

NANA: Yo te la voy a traer a que la veas, como si fuera mía. Con suerte y luego, diciendo que la adoptas...

MATILDE: Es muy difícil criar niñas. No iba yo a saber.

Entra Eulalia. Trae vestidos y trapos entre los brazos.

EULALIA: ¿Y tú qué haces aquí?

MATILDE: Vine a saludar a mi nana. No le he contado nada.

EULALIA: ¿Y de qué habías de contarle? De que estuvo enferma, será. ¿Ves que la llevamos a tomar las aguas? Estaba malita.

NANA: Sí... De la barriga, ¿no?

EULALIA: ¿Por qué dices eso?

NANA: Para eso son las aguas, para males de la barriga.

EULALIA: Mira, estas sábanas están casi buenas. Puedes hacerle pañales y sabanitas. Y esta cobija la doblas en cuatro y sirve. Y con estos vestidos puedes hacerle ropita. Están muy nuevos todavía.

MATILDE: (*muy sentimental, quitándose la bata*) Llévate mi bata. Tiene muchos encajes. Se los puedes poner en su ropita.

Chucho el Roto

EULALIA: No seas ridícula, ¿cómo vas a darle tu bata?

MATILDE: Se la doy porque me da la gana. (*Aúlla, de pronto.*) Déjame en paz, maldita seas, déjame en paz. ¡Maldita! ¡Maldita!

Tira la bata y sale corriendo de la pieza.

EULALIA: Como ves, sigue teniendo el carácter imposible. Ven, te acompaño a la puerta, a ver cómo envolvemos todo esto. Y... llévate la dichosa bata.

Salen.

La Santísima Trinidad

Al centro, debajo del candil, un altar barroco, con la imagen de la Santísima Trinidad. Muchas velas. La luz de ésta es la única que ilumina la escena.

La Changa, arrodillado ante el altar.

CHANGA: Gracias te doy, Señor, por lo que ya sabes. Y perdona si no te había cumplido antes, pero es que la cosa andaba medio dura. Tú ves la situación, todo está caro, y gastos de enfermedad y todo eso. Señor, no te enojés conmigo no se me va a volver a olvidar. Perdóname y déjame seguir ganando la vida sin peligro. Tu ves que no hago daño a nadie... mientras se puede, pero también tiene uno que defenderse, ¿no? Perdóname lo de ese cristiano que lo medio maltraté, pero no eran modos. Aquí te dejo esta limosnita y te pido que no me desampares y te acuerdes de mí.

Deja tres ofrendas, que chispean a los pies de la imagen. Se persigna tres veces.

CHANGA: Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. Como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

CHUCHO: Amén.

Chucho el Roto

Se materializó de la sombra. La Changa tiene un sobresalto. Lo ve un segundo, ve su ofrenda, va a huir. Chucho lo detiene. El otro se defiende, tira un golpe a Chucho, que lo esquiva y lo devuelve. Luchan, corre la Changa, Chucho lo arrincona, le tuerce una mano.

CHUCHO: Quieto. La iglesia no es lugar para luchas.

CHANGA: Es lo que yo digo, pero ahí usted empezó.

CHUCHO: Quiero hablar contigo.

CHANGA: Se habla con la boca. ¿Para eso me la rompió?

CHUCHO: Tú me tiraste el golpe.

CHANGA: No son modos. ¿Desde cuando se arresta a la gente dentro de una iglesia? Si me quiere sacar, grito. Estamos en sagrado.

CHUCHO: Te equivocaste de siglo. Eso era en la Edad Media.

CHANGA: ¿Me va a arrestar?

CHUCHO: Soy compañero, no policía. Cállate y arrodíllate aquí. Si quieres huir, te pesco, ya lo viste. *(Lo suelta.)*

CHANGA: Compañero: tan bien vestido... Ha de trabajar con el gobierno.

CHUCHO: No. Trabajo solo. *(Va a ver las ofrendas.)* ¿De veras crees que a la Santísima Trinidad le gusta que le traigan estos... regalos?

CHANGA: Yo se los traigo.

CHUCHO: Se los va a quedar el sacristán. O alguna beata que por aquí llegue.

CHANGA: Se los doy a la Santísima Trinidad: ella sabrá lo que hace.

CHUCHO: ¿Aunque sean robadas?

CHANGA: A Cristo lo mataron entre dos ladrones y allí en la cruz se hizo amigo de ellos. Pues su Padre y el Espíritu

Santo, con más razón. ¡Hasta volvieron santo a Dimas!

CHUCHO: Podrías rezarle a San Dimas.

CHANGA: Yo me voy con el mero mero. Para que me perdone y me proteja.

CHUCHO: Le das un buen juego de aretes y anillo... Oro de 18, brillantes de 2 kilates...

CHANGA: ¿Es usted joyero? ¿O comprador?

CHUCHO: Te dije que soy compañero tuyo. Yo estaba en la Princesa cuando entraste.

El otro se levanta y lo ve, con sorpresa.

CHANGA: ¿Adentro?

CHUCHO: Bajaste por la azotea. Estuvo bien la faena con cerrojos, pero hiciste mucho ruido. ¿Para qué crees que sirve el aceite? Yo me escondí y estuve viendo tu trabajo. No pudiste con la caja fuerte.

CHANGA: Pues no. Quién va a poder...

CHUCHO: Yo pude.

CHANGA: ¡A poco!

Chucho le enseña un trapito, lo despliega: lleno de piedras preciosas. La Changa silba.

CHUCHO: Ya ves.

CHANGA: (*resentido*) ¿y qué? ¿Nomás me siguió para presumir?

CHUCHO: Para conocerte. Fui hasta tu vecindad. Supe el problema con tu mujer.

CHANGA: Así son todas.

CHUCHO: Así son. Casi todas.

CHANGA; Pero ese cabrón me la va a pagar.

CHUCHO: Se llevó a tu mujer, ya está pagando, y de sobra.
¿O no?

CHANGA: *(piensa, se medio ríe)* Pues eso sí...

CHUCHO: Te quieren bien los vecinos. Una vieja dice que la adoptaste como abuela.

CHANGA: Pobrecita, es que ahí vivía sola, sin nadie. ¿Y a usted qué le importa todo eso?

CHUCHO: Quería saber cómo eras, para proponerte algo.
¿Quieres trabajar conmigo?

Entra una mujer llorosa y se va a rezar a un lado, hacia otro altar; un murmullo fervoroso e indescifrable.

CHANGA: ¿Trabajar con usted? ¿Cómo está eso?

CHUCHO: Te lo voy a explicar, nomás que... Vamos mejor afuera. Este no es lugar de negocios.

CHANGA: ¿Negocios?

CHUCHO: ¿Nunca has tenido un socio? *(El otro niega.)*
Pues ven y platicamos, anda.

Van a salir. Chucho ve a la mujer llorosa, a la imagen con su ofrenda. Hace seña a la Changa de que se esconda. Se esconde él, en la sombra.

CHUCHO: *(ahuecando un poco la voz)* Mujer, ve a rezar al altar de la Santísima Trinidad. Lo que allí encuentres, te lo da ella.

Emilio Carballido

La mujer se sobresalta y ve en torno. No ve a nadie. Duda, busca, se persigna. Se seca los ojos; no cree, pero... va. Se arrodilla y descubre las tres alhajas. Ahoga una exclamación, no se atreve a tocarlas. Retrocede.

CHUCHO: *(voz hueca)* Toma eso y remédiate.

Aterrada, ella ve a todos lados. No ve a nadie. Se persigna. Cae llorando de rodillas y estira la mano. Toma las alhajas. Sale con ellas en el puño.

Reaparecen la Changa, enojado, y Chucho.

CHANGA: Ora sí que usted se volvió la voz de la Santísima Trinidad.

CHUCHO: Dios nos ayuda... Pero quiere también que lo ayudemos. Y a mí no me pasan los sacristanes.

Salen.

LA FUGA DE LOLITA

Consuelo, junto al piano. Toca un do, afina su violín.

Es una habitación en casa de Chucho y Consuelo. Ambiente sobrio, pero rico. Recuerda un poco la casa de la tía de ella, cuadros, objetos de arte, gusto. Hay un armario al fondo.

Consuelo toca una escala. Empieza un estudio. Lolita (entre 11 y 13 años) está arreglándose con cuidado.

CONSUELO: *(se interrumpe)* Lolita, ¿qué haces?

LOLITA: Nada, Chelito.

CONSUELO: Estás vistiéndote para salir.

LOLA: ¿Cómo crees?

CONSUELO: Oigo que te has puesto tu vestido de seda.

LOLA: ¿De seda?

CONSUELO: Oigo el roce de la tela, mi amor.

LOLA: Yo no sabía que era de seda, Chelito.

CONSUELO: ¿Para qué te lo pusiste?

LOLA: Para verme en el espejo.

CONSUELO: Bueno. Pero tienes que cuidar a tus hermanos, van a ensuciarte.

LOLA: No, no me ensucian. *(Con cautela, se pone joyas.)*

CONSUELO: Lolita, tengo que estudiar para mi concierto: me presento en el Teatro Nacional dentro de una semana. Por favor, haz caso a tus hermanos mientras se duermen.

Chucho el Roto

LOLA: Con mucho gusto, Chelito. A ellos les gusta que les toques el violín, para arrullarlos.

CONSUELO: Sí, pero estoy estudiando, eso no les divierte. Por favor, anda. ¿Qué haces poniéndote esas joyas?

LOLA: ¿Joyas? *(Saca otras del armario.)*

CONSUELO: Estoy oyendo el tintineo. Y ya abriste el estuche de caoba, ¿no?

LOLA: Tantito, para verlas. ¡Mi papá me las ha regalado a mí!

CONSUELO: No digo que no sean tuyas, digo que para qué te las pones.

LOLA: Me gustan mucho.

CONSUELO: Muy bien. Cuida por favor a tus hermanos. Y si te echan a perder ese vestido, no vamos a comprarte otro en mucho tiempo, ¿eh?

LOLA: *(se pone más joyas)* Lo voy a cuidar, porque es para ir a tu concierto, ya sé. Voy con mis hermanitos. *(Saca un abrigo.)*

CONSUELO: ¿Qué llevas allí? ¿Una cobija?

LOLA: Para... para jugar en el suelo. Mientras se duermen. *(Sale.)*

Consuelo queda oyéndola. Voces de niños.

LOLA: *(fuera)* A ver, ahora sí vamos a jugar al escondite. Yo cuento, Chuchito. Ustedes se esconden. Anda con tu hermano, Pedrito. Anden. Vamos al comedor.

Consuelo sigue oyendo un momento. Luego toca, un estudio de Paganini. Se interrumpe de golpe.

CONSUELO: Jesús..., ¿eres tú mi amor? (*Silencio.*) ¿Quién abrió la puerta de la calle? (*Adivina, de golpe.*) ¡Lola! Pedro, Chuchito, vengan. ¿Dónde está su hermana? ¡Lola! Dios santísimo, ¿qué está pensando esa niña? ¡Lola!

Sale hacia el fondo. Se cierra el comodín. Por el proscenio cruza Lolita, llena de joyas, con el abrigo puesto, muy peinada.

Hay gente en la calle.

UN PELADO: Mira, mano, ahí va una enana.

OTRO: No seas cabrón, es una niña, nomás que muy rotita...

EL PELADO: No son horas de que ande una niña en la calle, con tanta facha.

EL OTRO: Ha de ir a una fiesta de disfraces, aquí cerca...

LOLITA: ¡Señora, señora! Por favor, ¿para dónde queda la calle de Puente de Alvarado?

MUJER: Ay, niña, pues para allá, pero está bien lejos. ¿Qué andas haciendo sola?

LOLA: Vino mi mamá, para hacer unas caridades y, yo quise alcanzarla y... vine en el coche de mi tía, pero cuando fui a buscarla ya se había ido, y mi tía también... y yo quiero regresar a la casa.

MUJER: Ay, niña, no son horas de que andes tú sola. Te van a robar tu ropita, o te va a pasar algo. ¿Tienes dinero?

LOLA: Mm... muy poco.

MUJER: Mira, voy a subirte a un coche de sitio. Lo pagas cuando llegues a tu casa, ¿te parece?

LOLA: Como usted diga, señora. Muchas gracias.

Sale, de la mano de la señora.

Consuelo, conducida por su hijo, avanza por la calle.

CONSUELO: ¿No la ves por algún lado? Fíjate bien, hijo

CHUCHITO: No está, mamá. No está.

CONSUELO: ¡Lola! ¡Lolita! ¿Hay gente en la calle? Para preguntarles.

CHUCHITO: Pues allí están unos borrachos, pero están tomando y... ni se han de dar cuenta de nada.

CONSUELO: Déjalos. ¿No hay tiendas abiertas?

CHUCHITO: No mamá.

CONSUELO: ¿Por qué se fue, Dios mío, por qué?

CHUCHITO: Lolita no nos quiere, mamá.

CONSUELO: No digas eso. Vamos para allá. *(Salen.)*

Los dos pelados salen abrazados, cantando.

Se abre el fondo. Es el salón de los de Frissac. Hay fiesta.

Unos criados meten palmas enormes en primer término, y un par de biombos primorosos. Baile, conversaciones ad libitum en los rincones. Al piano, una mazurka de Offenbach.

Matilde baila enloquecidamente; es arrastrada a primer término. El compañero y ella están junto una palma. Él trata de besar a Matilde.

MATILDE: Arturo, por favor.

ARTURO: ¡Matilde! ¡No seas cruel!

MATILDE: "Cruel"... Lees muchas novelas.

ARTURO: ¿Me detestas?

MATILDE: : Creo que eres un amigo encantador, te tengo afecto, pero nada más.

ARTURO: Te diviertes viéndome sufrir.

La suelta, se vuelve de espaldas a ella.

MATILDE: Amigo mío... (lo toca con el abanico) No me gusta que sufras...

El la besa con furia. Ella se abandona. Una criada entra.

CRIADA: Señor... (Tose, hace ruido, va a irse.)

MATILDE: ¿Qué pasa, Delfina?

CRIADA: Que llegó allí una... visita y quiere verla.

MATILDE: Pásala al salón, ¿quién es?

CRIADA: Es que... es una niña. Como de... diez años.

MATILDE: ¿Una niña? Vendrá con sus papás.

CRIADA: No. Llegó sola en un coche, y hasta vi que lo pagó. Preguntó por usted.

MATILDE: ¿Cómo se llama?

CRIADA: No quiso decirme.

MATILDE: ¿Cómo va a ser? Que pase aquí.

Sale la criada.

ARTURO: ¿Por qué no la mandas al salón? Que espere un rato.

MATILDE: Mira, es muy raro. Ha de ser hija de alguien que está en la fiesta... Pasará algo grave en su casa, o... Muy extraño.

Entra Lolita.

Chucho el Roto

LOLITA: Buenas noches, señorita. Buenas noches, señor.

MATILDE: Pasa, niña. Ponte cómoda.

ARTURO: Buenas noches.

LOLITA: Perdone la intromisión. No imaginé que hubiera fiesta. Yo tenía que hablar con usted. A solas.

Un silencio.

MATILDE: ¿A solas?

ARTURO: Les ruego que me perdonen. *(Sale.)*

Otro silencio.

MATILDE: ¿Quieres quitarte tu abrigo? *(La ayuda.)* Es lindísimo. ¿Quieres un refresco?

LOLA: No, gracias. No quiero nada.

MATILDE: Criaturita, te has cubierto de joyas. Se ve que te encantan.

LOLA: Me las regaló mi papá.

MATILDE: Ah. ¿Y quién es tu papá?

LOLA: Jesús Arriaga. Yo soy Dolores Arriaga de Frissac. *(Un silencio. Lola grita:)* ¡Mamá!

MATILDE: ¡Hija mía!

Se abrazan. Las dos empiezan a sollozar como locas. Entra la criada.

CRIADA: Señorita, llegaron los señores González de Escalante.

MATILDE: ¡Lárgate! ¡Cierra esa puerta! ¡No quiero que venga nadie!

Sale la criada.

LOLITA: Mamá... Ya no quiero vivir con mi papá. Yo quiero vivir contigo.

MATILDE: Mi vida, mi vida... ¿Cómo diste conmigo?

LOLITA: Porque un día, en la Alameda, me encontró mi nana. Ya sabes que la mujer de papá es ciega...

MATILDE: Yo no sé nada. Tu padre te robó hace siete años, ¿lo sabías?

LOLITA: Me llevó papá, sí. Mi nana me había dicho que era yo huérfana. Y ese día, en la Alameda, me reconoció. Quiso hablarme, Chelo se dio cuenta. ¡Se da cuenta de todo! Es peor que si viera. Entonces, subí a los caballitos y mi nana subió también. Allí me dijo la verdad y me escribió tu nombre y tu dirección. Luego, también subieron a dar vueltas mis hermanitos...

MATILDE: ¡Hermanitos!

LOLA: Los dos hijos de Chelo. Son mis hermanos. Pero escondí el papel y se fue la nana...

MATILDE: ¿Dónde has vivido? Yo te pensaba en algún barrio muy pobre, descalza entre los charcos, hija de carpintero... ¿Qué es esta ropa? ¿Todo esto que traes puesto? (*La observa.*) No son baratijas.

LOLA: (*la abraza, llorando a gritos*) Mi papá es un ladrón. Y hace rato me di cuenta, pero las madres del catecismo dijeron tantas cosas... Porque mi tía Lupita quiso que fuera yo a los ejercicios espirituales... ¡Y allí hablaron de los siete pecados capitales! ¡Y de los mandamientos de Dios! Papá roba. Lo sabe Chelo, lo sabe tía Lupe. Yo las he visto rezar y prender velas para que vuelva papá con bien. Y el tío Pedro y la Changa y el Rorro lo ayudan.

Tengo mucha vergüenza... de ser la hija de un ladrón.
¿Sabes cómo le dicen? Chucho el Roto.

Matilde la abraza mecánicamente.

MATILDE: ¡Ese hombre, tu padre...! ¡Ése es...! *(Pausa)* Él era carpintero.

Se le pasó el llanto. La observa. Toca las joyas con mano conocedora. Se seca los ojos. Da un pañuelo a Lolita. Un silencio.

MATILDE: Chucho el Roto... Qué cosa más extraña es vivir. Ya no llores, tenemos visitas. Dios mío, cómo no llegaste mañana, hijita. Digo...

LOLA: Puedo quedarme aquí, esconderme...

MATILDE: Todo mundo te vio entrar. Y vestida así... ¿Qué les voy a decir? Tú lo que piensas, quieres... Quedarte conmigo.

LOLA: ¿Puedo, mamá? Digo, ¿me... dejas... decirte mamá?

MATILDE: Este... Claro, sí. Sólo que... Mira, Lolita: nadie sabe que eres mi hija. Una tía tuya, que ya murió, te arrebato de mis brazos y te mandó con tu nana. No tienes idea lo que sufrí. Fue horrible. Pues por eso... Nadie sabe que... *(Pausa. Se queda viéndola.)* Y te pareces a ella... ¡Lola! ¡Vamos a decir que eres hija de tu tía Eulalia! Que dio su mal paso y te abandonó, te escondió. Vamos a decir eso. *(Se ríe.)* Se lo merece. Mi amor, tú entiendes, ¿verdad? Y, por lo pronto... tendrás que decirme tía. Ya después, poco a poco... Podrás decirme mamá. Hoy no

explicaremos nada: que sea un misterio. Son lindísimos los misterios. ¡Y tu padre un ladrón! ¡Chucho el Roto! Ay, criatura, pobrecita de ti. Qué vergüenza, qué humillación. No te apures, te voy a llevar a Europa. Vamos a pasear mucho. Esa ciega ha de ser un demonio, mujer viciosa, mala, ¿verdad? Ven, vamos a la fiesta. La gente se ha de preguntar qué pasa. ¿Sabes bailar? Si no, vas a tener que aprender, y va a gustarte mucho; es divino bailar. *(La observa.)* Estás muy bien vestida... Pero vas a quitarte tantas joyas. ¿Te las dio tu papá? Pues... más vale que no las uses por algún tiempo. No estás en edad. *(Se las quita.)* Te las voy a guardar muy bien. Dentro de algunos años... Ya podremos decir que las compramos en Europa.

Las guarda en su bolso. Deja, tan sólo, un hilo de perlas en el cuello de Lolita. La toma de la mano. Luz intensa al salón. Por primera vez, todas las luces del candil se encienden. Todas las parejas bailan.

Sube mucho, brillantemente, el volumen de la música.

LOLITA: Mamá... Digo, tía: ¡me gusta mucho tu casa!

Matilde y Lolita avanzan hacia el fondo, confundándose entre la gente.

Telón.

SEGUNDA TANDA

Primera Jornada

La boda de Chucho el Roto

La carpintería. La Changa y El Peludo. Éste ve con envidia lo que el otro despliega sobre el banco: joyas surtidas.

CHANGA: Ahí nomás, mi Peludo. Dese un quemón.

PELUDO: Sí, Está bien.

CHANGA: Ahora usted. A ver.

PELUDO: Yo no fui a... trabajar. Yo fui a oír la música.

CHANGA: La música... Con esos dedotes no hay modo que aprenda usted a hacerlos suavечitos.

PELUDO: Para esto, ni modo ni ganas. Para otras cosas, pregúntale a mis chinas. Yo estoy dispuesto a entrar en un lugar, por la azotea o por las ventanas, y acarrear para afuera lo que más convenga. Hasta se me figura como ir a cazar al monte: ahí anda uno entre la arboleda, sin hacer ruido, para no espantar al venado... ¿O qué tal si el tigrillo nos asalta? Pasas entre las ramas y no sabes lo que te espera; estás de igual a igual. Hay que poner ojos de gato, mesmamente que cuando entras a una casa: pasas cortinas, subes las escaleras, sientes el bulto de una estatua, rechinan los peldaños... ¡Pero en el teatro! Oyen música, tú y la gente, todos contentos... ¿Y ya nomás porque anden distraídos, del puro gusto, vamos a quitarles algo?

Entró Chucho.

Chucho el Roto

CHUCHO: Lo que dices es cierto, primo Peludo. Pero también hay gente que nada más va a recibir reverencias, y a que la admiren... Esto salió... ¡del palco presidencial!

Se paró frente a ellos; hace aparecer un huevo, como mago. Lo desaparece. Lo reaparece. Lo convierte en un collar de perlas.

La Changa silba, lo toca.

CHANGA: ¿Quién lo traía puesto?

CHUCHO: Una parienta.

CHANGA: Uno tuyo contra cinco de acá.

PELUDO: (*observa las perlas*) Pero este uno vale más que tus cinco.

CHUCHO: Eso es cierto, Pedro. Conoces...

PELUDO: Voy aprendiendo.

CHANGA: ¡Ya me gustaron los conciertos! ¿Cuándo hay otro?

CHUCHO: No vamos a volver en algún tiempo. Hoy salió bien, pero al próximo, verás qué vigilancia. Además, sería un daño a los artistas.

CHANGA: Ni tanto que importaran.

CHUCHO: Los artistas son cosa delicada. Mira tú en una huerta: hay árboles de fruta muy sabrosa, hay hortalizas en el suelo, y hay papas y camotes bajo la tierra... Tú trabajas limpiando la maleza, sembrando, cosechando. Esa huerta es el pan con el sudor de la frente, trabajar por castigo... Y jadeando, te paras a secarte el sudor; ahí tienes entonces a las flores para posar tus ojos, y para olerlas. Y así puedes pensar cosas mejores y contemplar el cielo. Eso son los artistas: si no estuvieran ellos, todo

sería una huerta de papas enterradas. Díganme, ¿qué sintieron cuando esa muchachita hacía sonar su violín?

PELUDO: Tocaba bien primoroso.

CHANGA: Pues eso sí: me hacía brincar el corazón y las patas.

CHUCHO: ¿Se dieron cuenta de que está ciega?

CHANGA: ¿A poco? Caminaba muy bien.

CHUCHO: Contaría los pasos. Me di cuenta que no ve, y lo oí decir después, en el intermedio. Hablaban muy bien de ella...

CHANGA: ¿Qué más decían?

CHUCHO: Se lamentaban de que no tuviera un buen violín.

PELUDO: ¿Pues ése en que tocó, no era de ella?

CHUCHO: De ése decían que no tiene muy buen sonido.

CHANGA: ¡Era bien chulo, cómo no!

CHUCHO: El que hablaba es un gran músico, el maestro Morales. Y contaba cómo varios artistas quisieron hacer trato con un señor que tiene un violín muy bueno para dárselo a esta muchacha. Y él no quiso venderlo, porque colecciona antigüedades.

PELUDO: Entonces, es un violín viejo.

CHUCHO: Antiguo, que no es lo mismo. Lo hizo un maestro italiano.

CHANGA: Qué cabrón tipo. Para tenerlo allí, bajo llave, sin sonar. Y la pobre cieguita podría sacarle provecho,

CHUCHO: Eso pensaba yo.

PELUDO: Aaah, Ya veo. ¿Y averiguaste dónde vive el señor?

CHUCHO: Dijeron que en Leandro Valle. Es esa calle nueva que partió el convento de Santo Domingo.

CHUCHO: Hay que visitarlo antes, de día. Conocer el lugar y ver qué tantas cosas tiene... Aparte del violín.

Chucho el Roto

Recogen las joyas mientras cambia la luz. Caminan ahora por la calle, ven en torno.

CHUCHO: Es allí: al costado de la iglesia.

Ven la supuesta casa, de arriba abajo.

CHANGA: Por esa cúpula podría bajarse a la azotea.

PELUDO: ¿Toco?

Chucho asiente. Todos esperan frente al comodín, que se abre:

En torno al piano hay caballetes con cuadros, armarios con miniaturas y objetos, muebles preciosos, etc. Al fondo, algún gran cuadro alegórico. Todo incómodo, apretado en torno al piano. Luz poco brillante.

Un hombre avanza y está frente a ellos.

CHUCHO: ¿Podría decirme si ésta es la casa de don Augusto Salmones?

SALMONES: ¿Qué se le ofrece?

CHUCHO: Me han dicho que es entendido en antigüedades. Y yo he heredado varias y no sé bien lo que valgan, ni si amerita la pena quedarme con ellas...

Salmones lo observa. Ve a los otros.

SALMONES: ¿Son criados suyos?

CHUCHO: Suyos también.

SALMONES: Muy amable, señor...

CHUCHO: Rómulo Corcuera, para servirle.

SALMONES: Pase, señor Corcuera. Que lo esperen afuera sus sirvientes.

Chucho avanza, viendo en torno. Los otros dos se hacen a un lado en primer término. O salen, para volver después.

CHUCHO: Tiene usted cosas muy de verse.

SALMONES: ¿Quién le habló de mí, señor?

CHUCHO: Un sobrino que estudia música. Parece que unos amigos suyos y él iban a comprarle a usted un violín.

SALMONES: ¡Aquí no es tienda, señor! Nada está en venta.

CHUCHO: Y sin embargo, veo muchos instrumentos... Este piano, y ese violín, y ese otro pianito...

SALMONES: Eso es un clavicordio francés, de hace más de cien años. Las pinturas que lo adornan son de un gran artista. En cuanto al violín, es un Guarnerius.

CHUCHO: ¿Y eso quiere decir algo especial?

SALMONES: Que es único. Lo hizo el gran maestro. Está firmado por dentro. Su voz podría reconocerse en el tumulto de una orquesta.

CHUCHO: Ah, muy notable... ¿Pero no será *único*?

SALMONES: Como un cuadro, señor. Muchos le pinta a cada artista, y cada cual es único.

CHUCHO: Comprendo. Ha de gozar mucho tocándolo.

SALMONES: Tocar... Digo, lo rasco a veces, piececitas. Lo tengo por valioso y es un hermoso objeto. Pero dígame qué se le ofrece.

CHUCHO: Quería pedir su consejo. Consideraríamos su molestia una consulta profesional, que causaría honorarios...

SALMONES: Le agradezco el rango, pero soy un aficionado.

CHUCHO: *(señala en torno)* Un experto.

Chucho el Roto

SALMONES: No soy valuador. A estos, puede encontrarlos en el Monte de Piedad.

CHUCHO: Discúlpeme entonces. Me retiro.

SALMONES: Aunque, si piensa usted vender sus antigüedades... Me dará placer verlas. Quizá comprar alguna.

CHUCHO: Por ejemplo, tengo esta miniatura en marfil.

SALMONES: (*la observa*) Pintura mexicana... Minuciosa, correcta. Casi elegante, con su saborcillo popular. Mucho realismo. Le confieso que no me atrae, aunque sea buena. Mis gustos están más cerca de los maestros europeos.

Chucho mira en torno.

CHUCHO: Ya veo. ¿Eso es un...?

SALMONES: Del estudio de Rubens. Retocada por él.

CHUCHO: ...Valdrá más que su violín...

SALMONES: Menos, señor. Si fuera del pincel del propio Rubens, sería distinto.

Un joven vino y, a espaldas de ellos, se sentó al piano. Toca un galop de Offenbach.

SALMONES: Eduardo: tenemos visita. El señor Corcuera. El señor... Eduardo García. Mi sobrino.

EDUARDO: Los interrumpo porque voy a salir.

SALMONES: ¿A dónde vas?

EDUARDO: (*alza las cejas*) A la Concordia, y... a ver.

SALMONES: ¿Vas a tardarte?

EDUARDO: No sé.

SALMONES: Quería decirte algo.

EDUARDO: Me lo dices después. Tengo prisa.

SALMONES: ¿Qué vas a hacer?

EDUARDO: Nada en especial. (*Burlón.*) ¿Quieres venir? (*Salmones niega.*) Bueno, que se divierta, señor, viendo tantas maravillas que aquí guardamos. A sus órdenes.

Va a salir por el frente. Se queda viendo a Salmones. Éste va y furtivamente le da dinero. Eduardo le sonríe con coquetería.

EDUARDO: Voy a volver pronto. (*Sale.*)

Salmones va a cerrar el piano, con gesto depresivo. Se queda viendo al aparador, a los cuadros.

SALMONES: Cosas que fueron hechas con amor y paciencia, que han dado gozo y compañía, que nos conceden la dulzura de la belleza en salas, en recámaras... (*Se vuelve.*) Y van a dar a manos que no sienten, que las tocan como quien cuenta dinero. Usted no sabe ni lo que tiene, heredó algo, quiere venderlo ya, para gastar aprisa en vino y en... mujeres o... amigos... lo que fue compañía, lo que sus padres acariciaban con la mirada y las yemas de los dedos... (*Calla.*) No malvenda su miniatura. No es de mi gusto pero es buena. Y ha de ser, me imagino, el retrato de algún pariente suyo.

CHUCHO: Sí. Un tío que no conocí.

SALMONES: Muy bien. Tráigame a mostrar lo que guste. Buenos días, señor Corcuera.

Chucho el Roto

Avanza Chucho a primer término. Salmones queda acongojado en el piano... Acaricia, suavemente, un jarrón.

El comodín se cierra.

La Changa y Pedro se le reúnen a Chucho.

CHANGA: No tiene criados. Hay dos mujeres que vienen a limpiar. Viven nada más él y ese muchacho que salió.

PELUDO: Ha de ser un avaro: lo ven con su morral, haciendo el mandado. Él mismo se cocina.

CHUCHO: ¿Quién les contó tanto?

PELUDO: Los evangelistas del portal, mientras les dictaba yo una dizque carta.

CHANGA: Y está fácil entrar por la iglesia...

CHUCHO: No vamos a entrar.

CHANGA: ¿No?

CHUCHO: No hay caso. Resulta que... ese instrumento es tan especial que todo mundo puede reconocerlo.

PEDRO: Ah qué la rechifosca mosca.

CHANGA: ¿Se va a quedar sin su violín la pobre cieguita?

CHUCHO: Mh.

CHANGA: Y de todos modos... Allá adentro se ve como interesante.

CHUCHO: De aquí no vamos a llevarnos nada. Pero a ver: si un niño está abrazado a un juguete, y lo queremos para otro niño... ¿Qué puede hacerse?

Salen.

Se abre el comodín: ocupa el centro un altar barroco; muestra el San Francisco del Greco que se halla actualmente en la Academia de San Carlos.

Entra aprisa un cura, seguido por una dama.

DAMA 1: ¡Padre, padre Florencio! Dígame por favor si van a venir mis canarios. También tengo las palmas y los helechos, si los quieren. Se veían primorosos el Domingo de Ramos.

CURA: Una función de desagravio no lleva palmas, hija.

DAMA 1: ¿Entonces, qué traigo?

Entra muy aprisa Eulalia de Frissac.

EULALIA: Padrecito mío, no se me vaya. Quiero preguntarle una cosa: ¿para la función de beneficio, qué...?

CURA: ¡Qué beneficio ni qué ocho cuartos! ¿Crees que estamos en el teatro? ¿Beneficiando alguna cancanera?

EULALIA: ¡Dios nos libre, padre! Yo jamás he creído las calumnias que dicen de usted.

CURA: ¿Calumnias? ¿De mí? ¿De qué estás hablando?

EULALIA: ¿Yo cómo le voy a venir a hablar de cancaneras, padrecito? ¡Si yo sé que usted es incapaz y que son ganas de...!

DAMA 1: Cállate, Eulalia. No quería decir eso el padre.

EULALIA: Yo, menos. Pero aquí se habla siempre a espaldas de uno, le han levantado calumnias a mi pobre hermana, a mí, al padre Florencio, a su ama de llaves, a todo ser viviente. No es caridad cristiana andar diciendo lo de las cancaneras ni...

CURA: (*estallando*) ¡Para de hablar y escucha! Quise decir, únicamente, que va a ser *función de desagravio* y que no le cambies de nombre.

EULALIA: Pues eso mismo dije, y usted empezó a reclamarme lo de las...

Chucho el Roto

CURA: No profieras más incoherencias y dime qué quieres.

EULALIA: Padre, saber lo que voy a traer para el adorno.

DAMA 1: Y eso estaba yo preguntándole.

CURA: ¡Y para eso creó Dios a los sacristanes! Hablen con él por favor, señoras. *(Sale.)*

DAMA 1: ¡Ya lo hiciste enojar!

EULALIA: Vaya, ¿y yo por qué? Yo no he sido la que le ha inventado esas cosas, ni las ando repitiendo, como otras.

DAMA 1: *(quedo)* ¿Y qué es todo eso que han dicho del padre Florencio, que no lo sé bien?

Eulalia va a empezar la confidencia cuando entra la dama 2.

DAMA 2: ¿Qué le hicieron al padre Florencio? ¡Está muy enojado!

EULALIA: Se ha de haber enterado de unos chismes que le corren. ¡Y por eso han de hacer la función de desagravio!

DAMA 2: ¿Estás loca? Es una liturgia relacionada con la cuaresma o la Pasión.

EULALIA: Pero no estamos en cuaresma.

DAMA 2: No, ¿verdad? Yo pensaba, por los agravios a Nuestro Señor...

DAMA 1: Allí está el sacristán.

DAMA 2: No, ése no es Pablo. ¿O sí?

EUALIA: Cómo no va a ser. ¡Pablo, Pablo! Si es, vendrá. Si no, se irá por otro lado.

Entra Chucho

CHUCHO: ¿Me llamaban señorita?

DAMA 2: ¿Ya ves como sí es Pablo?

CHUCHO: Si me desconoció, será por lo enfermo que estuve. Ya mero me iba yo con Nuestro Señor... En caso de que él quiera recibirme, claro.

DAMA 1: Ay, pobre hombre. Se le ve mucho más delgado.

CHUCHO: Mire cómo me queda la ropa.

Se desfaja los pantalones y queda un buen hueco entre ellos y la barriga. Les muestra, y las damas van a ver de cerca, sin mayor deliberación. Sus ojos caen hacia dentro y la reacción inconsciente se vuelve lúcida.

DAMA 1: Ay pues... Mire nada más.

EULALIA: ¿Qué nos está enseñando usted?

CHUCHO: Lo flaco que estoy.

DAMA 2: (*irritada*) Flaco y peludo. Cíñase ese pantalón y díganos cómo vamos a arreglar la iglesia para ese oficio de indecencias.

CHUCHO: ¿Cuál será ése, señorita?

EULALIA: ¡Por favor! No le cambien de nombre. Función de despedida.

CHUCHO: Función de desagravio, señorita.

EULALIA: Eso.

DAMA 1: Diga, Pablo: ¿Y qué es y cómo se celebra?

CHUCHO: Es un oficio para desagraviar a nuestra santa madre iglesia de todo lo que le han hecho los liberales.

DAMA 1: Claro, eso decía yo.

CHUCHO: Vamos a adornar muy bonito. Con muchísimas ceras, y se van a estrenar 3 candiles nuevos y las cinco lámparas que donaron los Osorio y los Lombardi-

Chucho el Roto
ni: son de plata maciza. Entonces, bueno será que ustedes traigan cosas de plata y oro.

DAMA 1: Ay. Yo que había preparado ya mis canarios, pobrecitos. Se van a quedar con la ilusión.

CHUCHO: Es que es función de desagravio.

DAMA 1: Pues eso sí.

CHUCHO: Claro, las que no tengan nada de plata ni de oro en sus casas...

DAMA 1: ¿Cómo no vamos a tener?

DAMA 2: ¡Claro que tenemos!

EULALIA: Sólo que quién sabe si sea lo propio...

CHUCHO: Sí, sí es propio. Cómo no.

EULALIA: Platos, vajilla... ¿Y no importa que otros sean objetos de tocador, o de escritorio?

CHUCHO: El caso es que brillen bastante, y adornen.

EULALIA: Muy bien. Eso traeremos.

CHUCHO: A ver quién se luce más, con las cosas más bonitas y finas.

Las tres se ven, mientras va llegando otra dama.

DAMA 3: ¿Cosas bonitas de qué, para qué?

DAMA 1: Siempre llegas tarde. Ven a que te expliquemos.

Van saliendo las cuatro. Se cruzan con el mal encarado cura.

EULALIA: (*dulce y conciliadora*) Padre, ya entendimos todo. Va a ver qué linda le ponemos su iglesia para el beneficio de ofendidos.

Salieron. El cura se quedó rechinando los dientes.

CHUCHO: Padrecito...

CURA: ¡Pablo! Quedaste tan flaco que casi no te conozco.

CHUCHO: Pero aquí estoy cumpliendo. Ve que ya le limpié muy bien los santitos viejos.

CURA: ¿Cuáles?

CHUCHO: Esos cuadritos de la sacristía, que nadie les hacía caso. Pues uno de ellos lo lavé con agua y jabón, ¿y viera que no quedó bien?

CURA: ¿Qué le pasó?

CHUCHO: ¡Se borró todo! Quedó la pura tela mugrosa, vaya usted a verla.

CURA: ¡Qué barbaridad! ¿Qué cuadro era?

CHUCHO: Ese San Lucas. Ni estaba bonito. Ya por eso, los demás quedaron medio sucios... ¡Si usted quiere, le arriesgamos!

CURA: No. Déjalos como están.

CHUCHO: Y, padrecito: va a estar muy chula esta iglesia para la función. Con muchos adornos.

CURA: Para eso sirven estas señoras.

CHUCHO: Y yo quiero un triduo, en acción de gracias. Ya lo pagué, nomás falta la fecha.

CURA: ¿Y eso por qué?

CHUCHO: Verá: primero me sanó la Santísima Virgen. Después, hasta pena da contarlo. De que Dios dice a dar... ¡Me saqué la lotería!

CURA: ¿Lotería?

CHUCHO: Voy a hacerle una donación a la orden de San Francisco, que tan buena ha sido conmigo. Y yo quisiera,

Chucho el Roto
para mi triduo, la iglesia todavía muy bonita, con toda ésta adornada.

CURA: Habla tú con las señoras. Que presten otro día sus chucherías. Yo no quiero tratos con ellas en mucho tiempo.

Salen. Sale el altar. Aparece la casa de Salmones. Quien limpia unos objetos de arte; porcelana o miniaturas.

El Peludo y la Changa leen el periódico, sobre el banco de carpintería.

PELUDO: *(se ríe)* Oye esto que salió en *El Siglo XIX*: “Pablo Morales, sacristán de la capilla del Señor de Burgos, ha robado toda la plata que se había pedido para adornar dicha capilla en la función de desagravio que anualmente se hace y de un triduo que con el especioso y falso pretexto de haberse sacado la lotería hizo él mismo a su costo en la referida capilla”.

Carcajadas.

Entra Pablo Morales con el periódico abierto y lee, horrorizado:

PABLO MORALES: “Tres candiles, cinco lámparas, cruz alta y ciriales, tres docenas de platos, ocho fuentes o platones... *(sigue leyendo entre dientes)* 24 candeleras, un plato de tintero, platillo de vinagrera, todo de plata, y una casulla de oro y plata...”

CURA: *(aparece en un ángulo y dice, encimándose al texto del otro)* “Se suplica a la persona que sepa el paradero de todas o parte de estas alhajas, se sirva dar el aviso correspondiente a quien suscribe, Fray Florencio Mota”.

MORALES: “Como se ha fugado el expresado Morales, se persigue tanto a él como a sus posibles ocultadores”.

Salen el cura y Morales. Peludo y Changa se quedan congelados.

Chucho ha entrado a fondo, imperceptiblemente, casi.

Salmones está frente a él, Chucho le entrega un cuadro de buen tamaño, que el otro pone en un caballete.

SALMONES: Usted no pretende que esto es auténtico.

CHUCHO: Yo no soy el conocedor.

SALMONES: Es un San Lucas. Del Greco.

CHUCHO: Eso sabía yo. Llegaron juntos un San Francisco, que alguien le regaló a la orden... y este otro santo, que quedó en mi familia.

Salmones lo examina. No puede dejar de verlo.

SALMONES: ¿Y piensa usted venderlo?

CHUCHO: O cambiarlo tal vez, por algo equivalente.

SALMONES: ¿Otro cuadro?

CHUCHO: Podría ser otra cosa. Un violín, por ejemplo.

Salmones lo ve, ve a la vitrina donde guarda el Guarnerius. Acaricia la tela casi sin tocarla...

Se cierra el comodín y entra Morales. Va hacia la Changa y el Peludo.

MORALES: A ustedes quería yo encontrar. ¿Dónde anda su compañero?

PEDRO: ¿Qué compañero dices, vale?

MORALES: Ese mentado Morales, con el que nos emborrachamos el otro día.

CHANGA: Ese amigo se fue a Veracruz. Es de por allá.

MORALES: Miren nomás la jugada que me hizo. (*El periódico.*)

CHANGA y PEDRO: —¿A ver?

—¿Cuál jugada?

Hacen como que leen.

PEDRO: Ándele, mi sacristán. Conque limpiando bien la iglesia...

MORALES; ¡Ése no fui yo! El mentado Nicanor apostó conmigo que si faltaba yo a la iglesia y él se ponía en mi lugar, nadie iba a darse cuenta. ¡Ustedes fueron testigos de la apuesta!

CHANGA: Algo me medio acuerdo que hablaron, en punto de borrachos.

MORALES: ¡Pues miren nada más!

Entra Chucho, con el violín en su estuche entre los brazos.

CHUCHO: No te quejes, Pablo. Ya perdiste la apuesta, ya qué.

MORALES: ¡Aquí está usted! Y mírelo qué roto anda... Yo no sabía que era ratero.

CHUCHO: Fue parte de la broma. ¿No quieres ir, aclarar todo, devolver las cosas?

MORALES: ¡Broma! ¡Apuesta! ¡Chiste y broma! ¡Hijeces de la chingada! ¡Mira lo que dice el periódico!

CHUCHO: Nomás te presentas, devuelves todo y ven que no fuiste tú. Con suerte y te dan un premio.

Morales, muy desconcertado, ve a los tres. Agita el periódico, sin saber qué decir. Está fuera de quicio.

MORALES: ¿A lo macho... quieres devolver las cosas?

CHUCHO: Yo no le juego chueco a mis amigos.

Un absoluto desconcierto cayó sobre Morales.

PEDRO: ¿Qué pues? ¿Qué mosca te pica?

MORALES: Desde ayer que leí esto... Pensé tantísimo. Pensé que ustedes eran rateros.

CHUCHO: Aunque fuéramos, no le echamos la culpa a otros.

MORALES: ¿Para qué, entonces, esto?

CHANGA: Somos rete juguetones.

MORALES: Pero... ¿son o no son rateros?

CHUCHO: ¿Y si fuéramos, qué?

MORALES: Allí tienes mezcal. Convida un trago. (*Bebe.*) Yo no creí encontrarlos. Pensé en huir. Siempre he querido ir a Manila. ¿Pero cómo, sin un centavo? Y discurrí entonces: ¿si los hallara yo, qué les haría? ¿Denunciarlos? Yo fui cómplice, sin querer. Entonces... Pensé... (*Toma otro trago.*) Pensé pedir mi parte, eso pensé.

Los tres lo ven.

CHUCHO: ¿Y cuánto imaginaste que sería tu parte?

MORALES: Esos dos... no hicieron nada, que yo sepa. Sería correcto, al menos... una tercera parte para mí.

CHUCHO: Fue tu nombre y ahora es tu riesgo. ¿Por qué no la mitad?

MORALES: ¿Es burla o amenaza?

CHUCHO: La verdad, hermano. Ya todo está vendido y lo pagaron bien.

Pone el dinero en la mesa.

MORALES: ¿No que pensabas devolverlo?

CHUCHO: No pensaba: quería saber lo que eso te parecía.

Parte el dinero en dos mitades. Ofrece una al sacristán.

MORALES: ¿Eso... para mí?

CHUCHO: Cuéntalo: la mitad. Y si, quieres cambiar de cara, antes de irte a Manila, deja que te demos unos consejos: lo que hagas con tus cejas y tu pelo y... *(lo observa.)*

MORALES: Usted se ha de haber llevado más cosas. ¿Así tan fácil, la mitad para mí?

CHUCHO: ¿No la quieres?

MORALES: Sí, pero dígame la verdad.

Se abre el comodín: aparece la casa de Consuelo. Su tía está limpiando y sacudiendo.

CHUCHO: Mira: nada me llevé, que los curas supieran... o apreciaran. Ya viste qué escándalo han hecho por la plata: pues eso les importa, ¿no?

MORALES: Mm. Está bien. Pero fue una mala jugada. *(Sin convicción.)* Muy mala. Digo... ¡Nos hubiéramos puesto de acuerdo! Qué falta de confianza. *(Van saliendo Changa, Peludo y él.)* ¿Cómo está eso de que puedo cambiarme la fisonomía?

Salieron los tres. Queda Chucho. La casa de Consuelo tiene palmas, muebles sencillos e incluso populares, pero también algunas vitrinas y rinconeros con chucherías. Hay muchas cortinas de gasa, en diferentes términos y posiciones. Al fondo, puerta al jardín.

LA TÍA: Es hija de una primita mía. Tiene varios hermanos: seis. Es la menor. Y ya sus padres estaban un poco agobiados con tanto niño. Entonces, les nació esta criatura ciega. Yo les dije, como de broma, ¿por qué no me la regalan? Y se pusieron muy nerviosos. Usted ya ve que la gente de nuestra clase no es como los pobres patarrajada, que andan repartiendo los hijos... Pero la necesidad nos hace iguales, aunque pensemos de otro modo. Un día mi prima empezó, como en broma, que si ya mero me llevaba mi niña. Y, en fin, le tomé la palabra, después de muchas vueltas. A mí me chocan esas mujeres que andan como locas haciéndole chambritas al Santo Niño, gastándole en juguetes de oro y adornos para su altar. Un niño de verdad: eso es un Santo Niño. Y me traje a Consuelo: con notario y papeles, nada de que después me la iban a quitar. Empezó a crecer tan preciosa... ¡Era más lista que sus hermanos! Y como toco el piano, la enseñé. Pero ve usted, que en un suspiro, ¡ya tocaba mejor que yo!

Imperceptiblemente, Chucho ha entrado al área de la tía. Se ha sentado a escucharla.

LA TÍA: Nos mudamos de casa, para no darles tentación a sus padres, de que estuvieran viéndola. Y un ve-

Chucho el Roto
cino muy bueno la oyó tocar, un músico muy famoso y compositor: don Eusebio Delgado. Pues él se ofreció, por pura simpatía, a darle clases. Nomás que él es violinista. Yo veía como feo ese instrumento para muchacha; el piano me parece más indicado, pero don Eusebio me dijo que era correcto. Y, en fin... También le ha dado clases don Franz Coenen, que hasta es ahora violinista del rey de Holanda. Franz quiere decir “Francisco”.

Viento: revolotean las cortinas de gasa. En la puerta del jardín está Consuelo, de blanco, el pelo suelto, que le cubre los hombros.

CONSUELO: Estás hablando de mí.

TÍA: (*tierna*) ¿De quién voy a hablar, si no?

CONSUELO: Estás con un señor... joven.

TÍA: Lo has de haber oído llegar.

CONSUELO: No... Me senté al sol, en el jardín. Y sentí que me estabas presentando con un señor joven que viene a vernos para... Pensé no sé qué. Perdón, Buenos días, señor.

CHUCHO: Jesús Arriaga, para servir a usted.

CONSUELO: Mucho gusto. Consuelo Sámano. Ya conoció a mi tía.

TÍA: Y con exceso: ya ves que no paro de hablar.

CONSUELO: Le digo que no cuente tantas intimidades nuestras a personas que apenas conocemos.

TÍA: ¿Pues a quién si no? Los amigos ya se las saben.

CHUCHO: Ojalá que entonces me considere ya un amigo.

TÍA: ¡No te imaginas a lo que viene el señor!

CONSUELO: ...No. Supongo que no...

TÍA: Dígale usted ande.

CHUCHO: Señorita Sámano: un grupo de admiradores suyos, de su arte, se reunió con la idea de hacerle un homenaje. No quieren dar sus nombres, pero me comisionaron para entregarle una ofrenda. Algo que sólo usted merece tener y por eso se lo envían.

CONSUELO: ¡Un violín! (*Se tapa la boca.*) Perdón. No sé por qué lo dije. He estado muy exaltada toda la mañana. Se me ocurrían cosas: que iba a venir una visita, que era... una especie de... sorpresa. Algo de mucha alegría. Y entré y sentí que estaba usted. Tiene usted una presencia tan fuerte, tan... definida. Y se me vino a la mente, no sé por qué, una tontería: "me trae un violín". (*Se ríe.*) Cómo va a ser que lo haya yo dicho ahora, en voz alta...

CHUCHO: Señorita: el homenaje es ése: un violín de Guarnerius. Que me hace muy feliz poner en sus manos...

Lo hace. Exclamación de Consuelo.

CONSUELO: ¡Era verdad! ¿Ya ves, tía? ¡Era verdad!

TÍA: (*suspira*) Le sucede a esta niña que adivina cosas. Será que a falta de la vista, Dios le permite ver lo que no debe. Nunca he podido corregirla.

Consuelo se seca los ojos. Alza la cara.

CONSUELO: Un Guarnerius... ¿Pero cómo, quién...? ¿Cómo voy a poder recibirlo? No soy digna. Es un don inmenso.

CHUCHO: Estaba guardado para usted, desde hace un siglo. Permaneció en silencio. Ahora va a cantar. El don inmenso nos lo va a hacer usted.

Chucho el Roto

CONSUELO: Permítame tocar su rostro. Es el modo de conocer que tenemos los ciegos.

Chucho se arrodilla. Guía la mano de Consuelo. Ella le toca suavemente la cara.

CONSUELO: Señor: ¿Lágrimas? Muchas gracias. Déjeme que humedezca con ellas el violín.

CHUCHO: Perdón. (*Baja la cara.*)

CONSUELO: Señor: usted ha llorado de alegría conmigo. Nunca lo olvidaré.

Quedan inmóviles. Un torrente de música de violín (probablemente el concierto de Mendelssohn). Luz intensa a ellos. Penumbra a todo lo demás.

La tía se sienta junto al piano. Consuelo y Jesús no se mueven.

TÍA: Es muy amable este joven Arriaga, y es muy grato que venga a visitarnos tan seguido. Una muchacha como tú, poca oportunidad tiene de conocer jóvenes de su edad... Y el señor Arriaga es soltero...

CONSUELO: No me gusta que hables así de él... Viene... porque le gusta la música.

TÍA: Mucho le gusta.

CONSUELO: Tiene derecho a oír el violín que me trajo.

TÍA: Mucho derecho.

CONSUELO: ¡Si sigues haciendo esa cantaleta, no volveré a recibir al señor Arriaga! ¡Me esconderé cuando venga! ¡Diré que no estoy! ¿Oíste?

TÍA: (*apenada*) Pero hija, yo pensé que el señor Arriaga... te parecía simpático.

CONSUELO: (*llorando*) No es simpático. No me atrae. No quiero que vuelva. No quiero jamás volver a oír hablar de él. No me gusta la gente compasiva. No me gusta que venga nadie a verme... Nadie. ¡Y menos aún, el señor Arriaga!

TÍA: Jamás le digas eso, mi vida, jamás.

CONSUELO: ¿Por qué?

TÍA: Porque lo vas a hacer sufrir.

CONSUELO: Tía... ¿Por qué crees que venga a verme el señor Arriaga?

Sube la música de violín y orquesta. La tía va y coloca un velo de novia sobre la cabeza de Consuelo, le da un ramo. Jesús se coloca al lado de ella, como en un retrato.

Avanzan. Posan. Fogonazo de un fotógrafo, que surgió, con su cámara, de primer término.

Gritos ad libitum de la Changa y del Peludo, que entraron vestidos de gala.

TÍA: Ahora, mi amor, puedo morir tranquila.

CHANGA Y PELUDO: ¡Que vivan los novios!

El precio de dos cabezas

El comodín, cerrado. Junto al banco de carpintería canta una pareja de ciegos con guitarra y arpa:

CIEGOS: Voy a cantar la ocasión
de una notable proeza,
que se podría titular
el precio de dos cabezas.
Don Joaquín Piña y González
mandaba en Zacualipán,
jefe político era
y de mucha autoridad.

CIEGO: “Todo el oro de las minas,
¿quién se lo vino a robar?
Y un cargamento de plata,
dónde diablos fue a parar?”

CIEGA: Por ahí pasó Chucho el Roto,
ya para qué preguntar.
Hay muchos pobres contentos,
él nos vino a remediar.

CIEGO: “Yo no sé nada de pobres:
soy amigo de los ricos.
Lo que han robado a las minas
ya viene siendo un buen pico”.
“Dinero llama dinero:
siempre hay judas por allí;

vayan poniendo ese anuncio
que en la mañana les di.”

Guitarra y arpas suenen mientras vienen dos hombres y plantan en el suelo un gran cartel que dice, muy visible, lo que se leerá; entre gente del pueblo, leen y comentan.

LA GENTE: —“En vista de los estragos que ha causado el bandolero que llaman Chucho el Roto...”

—“En vista de que es peligro público y trastorno para el orden...”

—“Ofrecemos ¡DOS MIL PESOS!...”

—“¡Dos mil pesos por su cabeza!”

—“O por informes que permitan capturarlo...”

—Firma el jefe político de Zacualipán, Hidalgo: Joaquín Piña y González.

—Comadre, mucho dinero...

—Compadre, Chucho el Roto es el amigo de los pobres. Ni por lo triple va a querer entregarlo nadie.

—Pues a mí no me ha hecho ningún beneficio. Lástima que no sé dónde anda, ni lo conozca.

—Yo no lo conozco, pero lo respeto. Pa’ que vea.

Etc. Hacen comentarios ad libitum, mientras se dispersan y sobre sus voces sigue la canción.

CIEGOS: Son dos mil bastantes pesos,
de eso no nos cabe duda.
Y es lo peor que en este mundo
no dejan de andar los judas.

Cesan la canción, hacen un remate con las guitarras.

Se abre el comodín. En un sillón, al centro del foro, bajo el candil, está sentado Joaquín Piña. Lee el periódico, fuma puro y saborea un coñac. Entra corriendo un teniente.

TENIENTE: Don Joaquín, don Joaquín: ahí está un hombre que ofrece informes para capturar a Chucho el Roto. ¿Lo dejo que hable con usted?

JOAQUÍN: ¡Claro que sí! ¡Como de rayo! (*Va a salir el teniente.*) Espérate: pon hombres a vigilar las puertas y ten a alguien listo para seguirlo en cuanto se vaya. Ese Chucho el Roto es medio vacilador: no vaya a salirnos con alguna de sus tarugadas. ¡Anda!

El teniente sale. Pausa. Entra, muy encogido. Marciano.

MARCIANO: Mi general...

JOAQUÍN: No soy general.

MARCIANO: Digo, mi... ¿será coronel?

PIÑA: Soy civil. Pero soy primo del señor presidente, don Manuel González, y ése sí es general. ¿Qué se te ofrece?

MARCIANO: Usted ha de perdonar, señor, pero vi ese anuncio que pusieron, ése de los dos mil pesos...

PIÑA: ¿Sí? ¿Y qué? ¿Cómo te llamas?

MARCIANO: Marciano Neyra, para servirle.

PIÑA: Marciano Neyra.

MARCIANO: Señor: me atrevo a venir porque... soy un ciudadano responsable. Y si no había yo presentado denuncias, era de puro miedo que los amigos de ese asal-

tante vayan a hacerle daño a uno. Ya con dos mil pesos... puede uno irse a otra parte.

PIÑA: Muy cierto. Que diga uno lo que sepa. ¿Dónde está Chucho el Roto?

MARCIANO: Señor: ¿conoce el cerro de Ocotepec?

PIÑA: Claro que lo conozco. ¿No voy a conocerlo?

MARCIANO: Esos tesoros que se han llevado, esa plata y ese oro, están escondidos allí, en una cueva.

PIÑA: ¿Allí? ¿Como quien dice aquí no más? ¿En ese cerro que está pegado al pueblo?

MARCIANO: Pues sí, señor. Porque asaltan, se van corriendo y todo mundo se va detrás de ellos a alcanzarlos... Pero nomás huyen tantito. Y luego pagaron unos jinetes que arrancan, levantando polvareda, mientras la pandilla regresa de puntitas y se queda tranquila aquí en el cerro. Si alcanzan a los jinetes, no les pasa nada: porque no son asaltantes y luego hasta son gente conocida como decentes... Y ellos esconden todo aquí en el cerro, y se cambian de ropa y se van de uno en uno...

PIÑA: ¿Y tú cómo sabes eso?

MARCIANO: ¿Yo? Yo, ah, pues yo... yo me emborraché con uno de ellos que lo conocía cuando era honrado... y entonces, me contó esto que yo le platico...

PIÑA: ¿Y puedes llevarnos a esa cueva?

MARCIANO: Ésa sí no sé dónde está, señor, ve que en ese cerro hay más agujeros que ocotes, Pero, señor: mañana vienen a sacar su tesoro. Vestidos unos como arrieros y como leñadores otros. Y pues... si usted les pone una emboscada, yo sé que van a caer. Tendrían que apostar-se antes de que raye el día...

PIÑA: Está bien. Vamos a hacerte caso. Pero vamos a vigilarte, y donde nos estés dando una mala información, te va a llevar la chingada.

MARCIANO: No es mala información, señor. Y ahora, pues le pregunto yo: cuando los hayan capturado, la recompensa que dice usted...

PIÑA: Yo voy a dártela. Y aumentada, si de veras capturamos ese botín.

MARCIANO: Gracias, señor. Yo voy a estar por aquí, señor. Es más, señor... Si veo posible pegármele a ese amigo que le dije... Tal vez ande yo cerca de esos bandidos. Se lo aviso, para que no me vayan a confundir.

PIÑA: Pierde cuidado. Vamos a recordar muy bien tu cara.

Sale Marciano. Entra el teniente.

TENIENTE: Van a seguirlo de cerca. ¿Qué le pareció?

PIÑA: Éste sabe. Huele a gallina, pero sabe. Este cabrón es cómplice. En la noche, cercaremos el cerro de Ocoteppec. Y escondemos hombres de arriba a abajo. Este Marciano es uno de la banda, y está vendiendo al jefe. Seguro estoy. Pues si él vende, yo compro. Me huele que ahora sí cae redondo, en nuestras manos, Chucho el Roto.

Salen.

Música de guitarra y arpa. Cantan los ciegos.

CIEGOS: Salieron de todas partes
muchisísimos soldados,
todos diciendo entre dientes:

“Ya verá ese condenado”.
Se escondieron tras los troncos,
se prendieron a las ramas,
ahí se quedaron silencios
mientras llega la mañana.

Mientras cantan, entraron soldados de todas partes: ponen los elementos que darán idea del boscoso cerro: tres altísimas escaleras “de burro” (pueden ser de aluminio) adornadas con ramas. Ponen también varejones forrados de hojas, detrás de los cuales se mantienen. Termina la letra, pero sigue la música.

El teniente da órdenes.

TENIENTE: Tú, allí. Tu, allí. Ustedes tras aquella espesura. Y ustedes súbanse a los árboles.

Dos de ellos suben por las escaleras, hasta arriba. Se pierden de vista en el follaje. Carreras, movimiento de tropas.

TENIENTE: Se está poniendo el sol. Aprovechen a tragar, a beber agua, a mear, a lo que quieran mientras haya un rayito de luz. Después, van a ser invisibles. Van a quedarse inmóviles. Respirarán, si acaso. Al que pueda yo darme cuenta de dónde está escondido, lo fusilo.

CIEGOS: Ocultos en la maleza, ocultos en la enramada,
el cerro entero está hecho
una siniestra emboscada.
Pero mientras, en el pueblo
hay tremendo vacilón,

pues todos están leyendo
que salió nuevo pregón.

*En el sitio en que vimos el otro cartel, se despliega ahora éste,
y es leído de igual forma por la gente que entra en grupos:*

LA GENTE: “Sepan los habitantes del estado de Hidalgo
que voy a pagar tres mil pesos”.

—¡Tres mil pesos!

—“Por cada cabeza de jefe político que me traigan y cinco mil...”

¡ ¡CINCO MIL PESOS! !

—“Por la de don Joaquín Piña y González.”

Carcajadas, reacciones.

—“La quiero con todo y cuerpo. De nada sirven cuando
las traen puestas, peor será si se las arrancan.”

—“¡Firmado: Chucho el Roto!”

VARIOS: ¡El amigo de los pobres!

—Éste es mi Chucho el Roto.

—Qué cabezas tan caras.

—La de mi puerco estaba más barata y tan sabrosa.

—No que éstas, fúchila.

—Vamos entregando algunas...

—Yo llevaría una que otra, pero arrancadas.

—Ese Chucho no mata ni a los jefes políticos. Digo yo:
debería hacer excepciones...

*La música suena con más fuerza, el grupo se dispersa
entre murmullos.*

CIEGOS: Qué cartel tan desafiante,
todo el pueblo lo leyó.
Mientras, allá en los ocotes
la triste noche cayó.

Se mantiene la música y luego irá desvaneciéndose.

Sale el cartel.

Luz nocturna. Los soldados mismos hacen ruidos nocturnos: tecolotes, insectos, aves, un murciélago.

Misteriosos, dos arrieros avanzan y se pierden entre las ramas.

Vienen otros dos: son Marciano y el Rorro, en primer término.

MARCIANO: Siquiera por esta vez, escúchame un ratito.

RORRO: No son horas de hablar, ¿Qué pues?

MARCIANO: Rorro: ya no quiero seguir en esto.

RORRO: ¿Seguir en qué?

MARCIANO: Con Chucho el Roto. Yo ya quiero irme. Por mi propio camino.

RORRO: ¿Qué momentos son de salir con tu batea?

MARCIANO: Son los que son. Este cerro... a mí no me da confianza. Yo no sigo en este cerro.

RORRO: A ver, ¿qué tanto le sucede a este cerro?

MARCIANO: Que, pues... no me ha gustado nunca. Y ahora peor.

RORRO: ¿Por qué no me dijiste anoche? Dormimos juntos.

MARCIANO: No eran horas de hablar, Rorro, yo ya junté centavos. Vámonos ahorita. Vente conmigo. Con lo que tengo, podemos llegar adonde quieras. Tú y yo nunca

fuiamos de andar en bola. Vivíamos solos, solos hacíamos nuestras tranzas, y vivíamos a gusto, y nada faltaba. Deja ya a Chucho el Roto. Vámonos a vivir como antes.

RORRO: (*afectuoso*) Cabrón, tienes celos. Cuándo no.

MARCIANO: Para qué más que la verdad.

RORRO: No seas pendejo, la ley que nos tenemos es otra cosa. Con Chucho, mira, es mi hermano. Es mi amigo. Tú nunca entiendes de eso.

MARCIANO: Tal vez no entienda, pero te voy a poner un espejo cuando te le quedas viendo, para que entiendas tú. Ya no aguanto, Rorro. Si no vienes conmigo, yo me largo.

RORRO: Yo no me voy contigo.

MARCIANO: Ni modo, entonces. Fueron bastantes años. Me voy solo.

RORRO: Ven acá, pendejo. ¿Estás llorando?

MARCIANO: ¿Qué te importa? No es Chucho el Roto el que llora.

RORRO: No seas güey... (*Lo abraza por los hombros, va a besarlo.*)

MARCIANO: Suéltame, Rorro. Es en serio. Me voy. Y acuérdate: me dejaste largarme solo.

Empieza a irse. Se suena. El Rorro va a detenerlo. Baja los brazos. Lo ve marchar. Va a irse hacia otro punto: se detiene de pronto. Salta tras el otro. Lo pesca.

RORRO: Ven acá: ¿por qué no me dijiste anoche?

MARCIANO: No eran horas.

Chucho el Roto

RORRO: Al contrario, sí eran. Y con suerte y hasta me habría ido contigo. La cama es la cama y tú lo sabes. ¿Por qué ahorita?

MARCIANO: Porque, porque... Porque sí.

RORRO: Ah, porque sí... Ven, que te vea bien la cara. ¡Álzala! *(Pausa.)* Tú no te vas ahorita. Vienes conmigo. ¡Anda! Mañana, si tú quieres, volvemos a hablar de esto.

MARCIANO: Yo no voy contigo.

RORRO: Tú vienes con todos.

MARCIANO: ¿Por qué?

RORRO: Por las dudas. Anda.

Marciano baja la cara. Se deja llevar por el Rorro, bosque adentro.

Pasan de nuevo Peludo y Changa, como arrieros. Avanzan cautamente, desconfiados.

PELUDO: Como que siento raro el cerro, esta noche...

CHANGA: ¿Qué tiene de raro? Está igual que siempre.

PELUDO: Tú eres de ciudad. No sabes.

Se quedan oyendo. Salen.

Los árboles se mueven. Forman otra composición. Está aclarando. Un soldado se medio asoma.

SOLDADO 1: Qué ruido haces, cabrón. Te van a oír.

SOLDADO 2: No soy yo: son mis dientes.

SOLDADO 1: Apriétalos.

SOLDADO 2: Está re duro el frío. ¿A qué horas atacamos? Ya vimos pasar a todos esos. Estaba fácil agarrarlos.

SOLDADO 1: Nomás que lleguen a su cueva. Tienen allí un tesoro.

SOLDADO 2: ¿Y en toda la noche no han ido a su cueva?

SOLDADO 1: Guey, si de aquí no me he movido, ¿cómo voy a saber?

SOLDADO 2: Pues eso sí. No han dado la señal.

SOLDADO 1: ¿Cuál es la señal?

SOLDADO 2: No nos dijeron.

SOLDADO 1: Qué bruto eres, ¿cómo vamos a saber, entonces, cuando la den?

SOLDADO 2: Pues eso sí...

Se oye un disparo, lejos. Luego otro.

SOLDADO 1: ¡Ésa ha de ser!

SOLDADO 2: ¡Vamos, pues! Pero callados, por las dudas...

Vemos que casi todos los soldados reaccionan en forma parecida y van hacia los tiros. Salen.

Más luz. Entra un leñador indígena, que empieza a cortar un árbol.

Entra Joaquín Piña, lo ve.

PIÑA: *(tras cierta duda)* ¿Y tú qué haces aquí?

CHUCHO: Buenos días, patronato. Estoy haciendo mi leña.

PIÑA: Tu leña...

CHUCHO: Ya tengo un zontle, bien seca. Se la vendo, barata.

PIÑA: ¿Quién te dejó pasar?

CHUCHO: Tengo mi permiso, firmado por el jefe político. Me costó cinco pesos, patrón, así que debe de ser bueno.

PIÑA: ¿Y no has visto un grupo de arrieros que se metieron a una cueva?

CHUCHO: Orita se fueron todos los soldados a buscarlos. Yo creo que usted puede alcanzarlos, si se apura.

Piña va a irse. Duda.

PIÑA: A ver tu permiso. ¿Cómo te llamas?

CHUCHO: Ay, patrón, qué desconfiado es usted. Me llamo Jesús, para servir a Dios y a mi patrón.

PIÑA: Jesús qué?

CHUCHO: Jesús el Roto, y de cariño me dicen Chucho.

PIÑA: ¡No te muevas! (*Ya está apuntándole.*)

CHUCHO: (*aún en papel*) No se mueva usted, que le están apuntando todos mis hombres.

PIÑA: Chucho el Roto no mata a nadie.

CHUCHO: Yo no, pero mis hombres sí. Alce las manos.

Piña duda, ve furtivamente en torno: ya lo desarmó Chucho.

PIÑA: ¡Te va a costar muy caro!

CHUCHO: (*apuntándolo*) Al contrario, voy a ahorrar: cinco mil pesos, los que ofrecía por su cabeza, No los vale: puro cascarón vacío.

PIÑA: ¿Adónde están tus cómplices? ¡Ya los prendió el ejército! ¡Estás tú solo!

CHUCHO: ¿Y desde cuándo nos tuteamos? ¡No sea usted confianzudo!

Piña retrocede: saca otra pistola. Dispara al aire, dos veces.

PIÑA: Mátame, si te atreves.

CHUCHO: ¿Para qué? Hoy no es día de hacer moronga ni chicharrones.

Se sube al árbol. En un segundo desaparece entre el follaje. Piña va a dispararle: ya no tiene carga en la pistola. Mientras le pone balas, entran corriendo un soldado y el teniente.

TENIENTE: A la orden, don Joaquín. ¿Qué sucedió?

PIÑA: En este árbol está Chucho el Roto. Suban por él. *(Van a obedecer)* ¿Qué sucedió allá abajo?

TENIENTE: Sonaron tiros. Fuimos a ver y no había nadie. Estuvimos buscando en las cuevas.

PIÑA: ¡Suban por él! ¿Qué esperan?

Trepan los dos. De otro árbol, bajan dos soldados. A uno le queda muy chico el uniforme.

PIÑA: ¿Y ustedes? ¿Qué hacían allá arriba?

PELUDO: Cambiarnos de ropa. Pero están muy chiquitos estos soldados.

Agarran a Piña, le tapan la boca. Peludo le pone una peluca. La Changa le planta una nariz de cartón y bigotes postizos.

PELUDO: ¿Sientes una puntita de fierro en la espalda? Adivina qué es.

PIÑA: ¡Ustedes no matan a nadie!

Chucho el Roto

CHANGA: ¿Ya ves, Peludo? ¡Éste es otro que cree lo que dicen los periódicos!

Risas de ambos. La Changa dispara al aire. De su árbol baja Chucho, vestido de soldado.

CHUCHO: (a voces) ¡Ya agarramos a Chucho el Roto! ¡Ya nos ganamos la recompensa!

Llegan los soldados corriendo. Los rodean.

SOLDADOS: ¿A poco éste es Chucho el Roto?

—¿Cómo te sientes, ojete?

—¿No que pagabas por la cabeza de don Joaquín?

—¡Se parece a don Joaquín!

PIÑA: ¡Pendejos, yo soy don Joaquín Piña y González.

PELUDO: ¿No nos digas?

CHANGA: ¿A poco no sabemos lo bien que te disfrazas?

CHUCHO: ¡Álenle los bigotes, a ver si son de verdad!

Un soldado se los arranca.

SOLDADO: ¡Eran postizos!

SOLDADO 2: Yo le veo la nariz medio rara...

CHUCHO: Jálasela, a ver.

Se la arrancan. Carcajadas de todos.

SOLDADO 3: ¿Pues qué más trae postizo?

SOLDADO 4: Los huevos, Jálaselos.

SOLDADO 3: Jálaselos tú, que te gusta.

CHUCHO: Yo le veo raros los pelos... *(le arranca la peluca)* ¡También eran de mentiras!

Carcajadas.

SOLDADO: Pero mira nomás: de verdad se parece bastante a don Joaquín.

CHANGA: La pintura en la cara, eso es. ¡Límpiensela con tierra!

Lo hacen. Carcajadas de los soldados.

SOLDADO 5: A ver las orejas...

Se las jalan entre varios, él aúlla.

SOLDADO: ¿Y esta otra nariz será de a deveras?

Se la jalan.

PELUDO: Jálale bien, se me hace que ésta tampoco...

PIÑA: ¡Suelten, estúpidos! ¡Suelten! ¿Se están burlando de ustedes! ¡Yo soy don Joaquín!

Carcajadas, chistes ad libitum.

PIÑA: *(aúlla)* ¡Soy primo segundo del señor presidente de la República! ¡Esto les va a costar muy caro!

Van sacándolo.

Chucho el Roto

CHUCHO: Allá, hasta arriba de los árboles, dejamos unos bandidos amarrados. Hay que venir después por ellos.

SOLDADO: ¿Y dónde está el tesoro?

PELUDO: Ya lo encontró el teniente. Trajeron mulas para llevárselo.

Llegan Rorro y Marciano, vestidos de soldados.

SOLDADO: (a Marciano) ¿Y ora tú? ¿Por qué andas de soldado?

MARCIANO: Ya ya ya me, ya me enganché.

SOLDADO: Pendejo, con la recompensa que van a darte. De soldado, no va a saberte a nada.

SOLDADO 1: Nomás a ver cómo te arreglas con estos. Ellos pescaron a Chucho el Roto.

Chucho y Marciano se ven.

RORRO: Sí; a ver como te arreglas.

Salieron varios, arrastrando a Piña, que aúlla y ruge. Chucho se queda con Marciano y Rorro. Peludo y Changa observándolos.

RORRO: Déjennos. Es asunto mío. Chucho va a jalar a Marciano consigo. Los soldados lo detienen.

SOLDADOS: —No se peleen con él.

—Órale, vénganse...

—Se arreglan con don Joaquín. Si va a estar recontento.

—Se reparten el dinero...

Amistosamente, pero por fuerza, jalan a Chucho, a Pedro y a la Changa.

Quedan solos Rorro y Marciano. Un silencio.

MARCIANO: Te lo dije, Rorro... Que ya no podía seguir así. Te lo dije muchas veces.

RORRO: No llores, cabrón.

MARCIANO: Qué más te da si lloro. Vas a matarme. Pues ándale. Hasta eso vas a hacerme.

RORRO: Sí. Sí voy a matarte. No me pasan los traidores.

MARCIANO: Ándale, pues.

Se seca los ojos. Se suena. Se ven, cara a cara. Rorro saca una navaja. La abre.

MARCIANO: ¿Crees que me da miedo? Me has estado matando de a poquito. Esto, me va a doler menos.

Rorro lo clava. Marciano se dobla. Grita.

MARCIANO: Pendejo. Ni eso sabes hacer bien.

Rorro lo clava de nuevo. Marciano cae. Rorro se arrodilla y lo abraza. Empieza a llorar quedo, moquea.

RORRO: ¿No ves que eso no se hace? ¿Cómo se te fue a ocurrir?

Lo acomoda con cuidado. Se queda viéndolo. Sale.

LOS CIEGOS: Sangrando entre los ocotes,
tirado sobre una piedra,
así nos cuenta la historia

que murió Marciano Neyra.
A los soldados aquellos
les cayó la pena negra,
por arrastrar por los suelos
al mandón de aquellas tierras.
Pero después, poco a poco,
les dieron, quién lo creyera,
cinco mil y tantos pesos
que valía aquella cabeza.
Poco a poco y a escondidas,
bien se acompletó la cuenta.
Se las pasó Chucho el Roto
que salda siempre sus deudas.

Telón.

Segunda Jornada

A bordo del *Esperanza*

Salón del barco Esperanza.

Ojo de buey al fondo. Puerta que da a la borda del barco: ahí vemos un salvavidas.

*Hay algunos asientos cómodos, lámpara, mesitas...
El candil oscila levemente.*

Consuelo viste de gris. Una anciana, la señora Durón espía nerviosamente hacia afuera.

SEÑORA DURÓN: Puede empezar a volver la gente en cualquier momento.

CONSUELO: Van a llegar muy tarde.

SEÑORA DURÓN: Ojalá.

CONSUELO: La Habana nocturna es muy alegre.

SEÑORA DURÓN: Ya sé, muchas indecencias, Digo, me han contado.

CONSUELO: No nada más. Hay teatro bufo, muy gracioso. Cafés abiertos, músicos en la calle... Nadie va a regresar temprano.

SEÑORA DURÓN: ¿Cómo no quiso bajar a pasear un poco?

CONSUELO: Ya he estado dos veces.

SEÑORA DURÓN: ¿Dando conciertos?

CONSUELO: Sí.

SEÑORA DURÓN: ¿Con sus hijos?

CONSUELO: Vine una vez con el mayor.

SEÑORA DURÓN: Los ha de extrañar. ¡Y solos, en Roma!

CONSUELO: Su tía está con ellos, la hermana de mi esposo.

SEÑORA DURÓN: ¿Qué horas serán? Está anocheciendo.

CONSUELO: En Roma ya es la madrugada. Mis hijos están dormiditos.

SEÑORA DURÓN: Esa mujer ha de ser honrada, ¿verdad?

Enciende una lámpara de pie.

CONSUELO: ¿Qué mujer? Ah, ésa.

SEÑORA DURÓN: Un poder así, es un don sobrenatural. Si lo tiene, su conducta ha de ser intachable.

CONSUELO: (*dubitativa*) Esos poderes... la gente nace con ellos. Se han de acostumbrar a tenerlos y...

SEÑORA DURÓN: Claro, es verdad. Pueden portarse mal. Incluso dicen que aquí en La Habana hay unos brujos espantosos. Esa mujer se veía buena, seria. Le dejé bastante dinero, porque no quería venir. Regla es muy lindo: con subidas y bajadas... Parece un pueblo de Veracruz. Eso como que nos dio confianza. También La Habana se parece a Veracruz; claro, es mucho más bonita... Engracia y yo tomamos un coche y yo de plano le pregunté al cochero si él no conocía a nadie. Nos llevó derecho con esta mujer, A escondidas, claro: los españoles son muy estrictos con las religiones africanas. Por eso, ella no quería venir al barco. Y entonces..., ay, Consuelo, fue como si alguien le ordenara al oído que viniera: ella oía y contestaba. Pregúntele a Engracia. Nos dio miedo, la verdad.

CONSUELO: Me lo imagino.

SEÑORA DURÓN: Tiene un altar lleno de santos; nada de imágenes feas, no vaya a creer: muchos santos. Lámparas de aceite... Y unos objetos... No sé bien qué. Y en el techo y en la pared, cortinas azules con estrellas plateadas... Y una vasija con agua y una piedra, que echa burbujas. ¿Cómo va a ser cosa mala con tanto santo? Bueno, había unos de cabeza... Esos españoles, ¡todavía tienen inquisición!

CONSUELO: La libertad de cultos amenaza el poder absoluto.

SEÑORA DURÓN: Su esposo le ha enseñado mucho de política, ¿verdad? Deberían aprender a Francia. En París vi una medium maravillosa. Muy vieja ya, a ésa la consultaba Napoleón III. *(Se ríe.)* Mis hijos me mandaron a Europa porque ya no querían que tuviera yo más entrevistas con mi esposo. ¡No he parado de hablar con él! Ellos no creen en estas cosas, se niegan a hablar con su padre en una sesión. Yo digo: si no creen, ¿por qué se niegan? Y, ¿usted cree, Consuelito?

CONSUELO: No sé. Nunca he estado con espiritistas.

SEÑORA DURÓN: Pues esto... tal vez sea diferente. La mujer nos pidió todo eso... *(Señala una mesita, o la tapa del piano.)* Es tarde. *(Se asoma.)* Engracia, ¿no la ves? *(A Consuelo.)* Creo que ya Engracia bajó al muelle. *(Ve hacia afuera.)* Sí, está esperando allá abajo. A ese mismo cochero mulato le pagué para que la trajera.

CONSUELO: Creo que está llegando.

SEÑORA DURÓN: ¿Usted cree?

CONSUELO: Bueno... se me ocurrió.

SEÑORA DURÓN: ¡Pero es verdad! ¡Allá viene! Con unos

hombres... ¿Quiénes serán? Ya lo vio Engracia, (*Regresa.*) Consuelo, cómo se lo agradezco. Si usted no le hubiera pedido permiso, el capitán no nos lo da.

CONSUELO: ¿Por qué no?

SEÑORA DURÓN: ¡Es un barco español!

CONSUELO: Dije que íbamos a oír un poco de música negra. En Europa está muy de moda.

SEÑORA DURÓN: Ah, bueno. A ver qué piensan cuando no haya música.

CONSUELO: Sí va a haber. Supongo...

SEÑORA DURÓN: En ninguna sesión he visto que haya música.

Entra Engracia.

ENGRACIA: Pasen por aquí.

Entra una mulata de blanco, con collares de cuentas rojas y negras y una mascada roja y negra atada a la cintura. Trae ella tres negros con sendos tambores de tres tamaños.

MULATA: Aquí estamos, mejor.

SEÑORA DURÓN: ¿Llegaron bien? Buenas tardes. Digo, casi noches. Pasen. ¿Estaría bien este lugar? (*A Consuelo, quedo.*) Traen tambores.

MULATA: Sí. está bien. (*A los hombres.*) Siéntense ustedes aquí. ¿Tú quién eres?

CONSUELO: Me llamo Consuelo.

MULATA: Tú puedes ver.

CONSUELO: Soy ciega.

MULATA: Ya me di cuenta. Tú ves acá. (*Le pone la mano abierta sobre a cabeza.*) ¿Me entiendes tú lo que digo?

CONSUELO: Sí, entiendo.

MULATA: Tú, en el centro. ¿Adonde está la comida?

Pone las tres mujeres en fila, al fondo. A la derecha, los tambores; Engracia le entrega tres platitos de comida. Se sienta.

MULATA: Para Iyá. (*Ofrece uno al tambor mayor.*) Para Itóteles. (*Ofrece al mediano.*) Para Okónkolo. (*Ofrece al más chico.*) Dame el tabaco. (*Engracia le da un puro; ella lo enciende.*) El aguardiente. (*Le sirve un vaso: ella lo coloca como ofrenda.*) Ve allá. Siéntate.

*La mulata, más que fumar, sahuma con el tabaco, arrojando humo sin cesar, chupando muy aprisa. Da vueltas...
Empiezan a sonar los tambores.*

MULATA: Ay, mio babá... Mi momenquende...

Ella empieza una especie de pantomima: es un niño, que juega y se ríe. Es un cazador en el bosque. Es un niño cazador. Se detiene: cambia de estilo. Se balancea.

MULATA: (*canta*) Jécua jey Yanzán.

Aquí lorda ayi memo enu oti
kono kue kue

Oyá Iguo riguario eye Orúnmila
mio bombo milo.

Jécua jey Yyanzán aro iku jeri
obini dodo.

Se queda oscilando. Otro ritmo en los tambores.

MULATA: *(a alguien que se acerca)* Dime quién tú eres. Dime quién tú eres o no te recibo. Di, di tu nombre *(La presencia empieza a hablar por boca de ella.)* Rrrrrr... Rrrr... *(voz de ella)* No. Di tu nombre.

SEÑORA DURÓN: *(discreta)* Será Félix Durón, que murió hace dos años...

ENGRACIA: ¿O será mi hija? ¿No es una niña, que todavía no habla bien?

MULATA: *(la otra voz)* Rrrr... Rrrrr... *(Voz de ella.)* Estás lleno de sangre. A ti te dieron bala. ¿No puedes llegar? Ven, ten fuerza. ¡Ven! *(Invoca.)* ¡Oh, mi abure! Ayúdalo con tus cinco pañuelos *(Voz ajena.)* Rrr... rrr... Rrrrorrrrooooo... Rorro...

ENGRACIA: ¿Qué dijo?

MULATA: *(grita atrozmente)* ¡Roorrooo!... ¡Rooooo-
rroooo! ¡Roooooroooo!

Los tambores más lentos. Aparece el espectro ensangrentado del Rorro. Muestra que ha sido fusilado y le han dado el tiro de gracia.

Está débil, confuso. Primero, moverá solamente los labios, la mulata hablará por él.

Luego, hablarán al unísono o por separado.

MULATA: ¿Ése es tu nombre? ¿Rorro? *(voz ajena)* Rorro. ¿Dónde está ella? ¡Consuelo! *(Quedo.)* Consuelito. Vine a

hablar... con ella. Consuelo. No conozco este lugar... ¡Oigo el mar otra vez!

CONSUELO: *(puede hablar al fin)* Rorro... ¿Por qué... vienes así.

MULATA: *(voz ajena)* Consuelo... Consuelo...

CONSUELO: Rorro, tú estás vivo, viajando... ¿Qué sucedió?

MULATA: *(voz ajena, muy triste)* Me fusilaron. Estoy solo. No veo bien... No encuentro a nadie. Me fusilaron en San Juan de Ulúa.

El Rorro toca apenas a Consuelo: ella grita levemente.

MULATA: Ésta eres tú. Quería yo verte. Mi patroncita. Te tenía en un altar, su reina, eso decía mi carpintero, tú eras su reina santa. ¿De verdad eres tú?

CONSUELO: Soy yo. ¿Adónde está Jesús? *(Está llorando.)*

RORRO Y MULATA: Jesús... Chucho... No está conmigo.

RORRO: Me pusieron aparte. Yo quería estar con él.

MULATA: *(voz ajena)* Nos vimos cuatro veces, nada más cuatro veces.

RORRO: Y la última nos pusimos a llorar.

MULATA Y RORRO: Ay, mi carpinterito, ay, mi Chucho, de aquí ya no salimos. Rorro. Yo me entregué para estar contigo, para correr la misma suerte, ¡Y no nos dejan vernos!

MULATA: *(voz ajena)* Estoy solo en mi celda. Hay mucha agua. Me duele mucho el cuerpo.

RORRO: Y no puede uno enderezarse. El techo es bajo y en curva... Creí que yo era malo: esos son peores...

MULATA: ¡Esos son peores!

MULATA Y RORRO: Son malos. Les divierte hacernos sufrir. Yo maté a varios, pero aprisa.

RORRO: Los maté aprisa. Estos son peores que yo. Cuando ya vi que iban a fusilarme, dije: mejor...

MULATA: Mejor.

RORRO: De una vez.

MULATA: De una vez.

RORRO: Y allí afuera, al sol, ahí sí pude estirarme.

MULATA: Allí afuera al sol...

RORRO: Me puse muy derecho. Ya ni podía, se me habían enchuecado los huesos.

MULATA: ¡Cómo dolían todos los huesos, afuera al sol! Pero me puse muy derecho...

RORRO: No los dejé que me vendaran. Y les grité: ¡Dispárenme, cabrones! ¡Aquí al pecho! ¡Viva Chucho el Roto!

RORRO Y MULATA: Y se quedó solo mi carpintero.

RORRO: Se quedó solo. Han de haber ido a decírselo, para gozar.

MULATA: Son malos, son malos...

RORRO: Ya nos chingamos a tu amigo, ya te quedaste solo, carpintero...

Consuelo solloza ruidosamente, gime.

RORRO: Yo quería que supieras... que pude verlo cuatro veces. Y que no me escapé. Que me entregué para correr la misma suerte que él.

MULATA Y RORRO: Que lo supieras...

RORRO: Porque te tengo ley. Tú a mí como que no me querías...

CONSUELO: Sí, sí. Mucho, Rorro, mucho.

RORRO: No Consuelito. Tú sabías que yo no era bueno.

Pero yo a ti, de rodillas. Porque mi carpintero te quería... Pues ya cumplí, ya lo sabes... Nos vimos cuatro veces. Rézame un poco, a ver si sirve. Luego no sé ni dónde estoy. Puros callejones en la noche, muy solos... Y cuando paso, aúllan los perros...

*Golpe fuerte de tambores. La Mulata sigue moviendo los labios, repitiendo tal vez la última frase, ya no la oímos.
Rorro se va, se desvanece, desaparece.*

CONSUELO: ¡Rorro! ¡Rorro! ¡No te vayas! ¡Dime cómo está Jesús! ¡Rorro! ¡No me dejes sola! (*Cae de rodillas.*) Mujer, ven por favor. Quiero saber de mi marido. ¡Te lo ruego!
MULATA: Tú puedes ver. Si no sabes, es porque no quieres: Tú puedes ver. (*Le pone la mano sobre la frente.*) ¡Ve!

Tambores lentos.

CONSUELO: Es un lugar... de piedra. Estoy arrodillada en las piedras. Oigo ecos. Golpes de hierro... ¡Son puertas de hierro! Oigo el mar... Hay soldados... Están pasando lista... (*Terror.*) Están... esperando... (*grita*) a alguien. ¡Alguien va a venir! Tienen... en las manos... tienen... garrotes... Esperan a... Es...

Pausa. Empieza a lanzar alaridos atroces, rueda por el suelo, se levanta gritando, como loca, se azota contra los muebles, se mesa los cabellos. Cae desmayada.

Al fin pueden reaccionar la señora Durón y Engracia, en medio de su terror:

LA DURÓN Y ENGRACIA: *(a la vez)*

—¡Qué le ha hecho!

—¡Qué es esto,

Dios santo!

—¡Es brujería!

—¡Esto es

horrible!

—¡Consuelo,

Consuelito!

—Ayúdenos,

vamos a llevarla.

—¡Válgame

Dios!

Cesa el tambor.

Le dan aguardiente de la botella; la levantan entre las dos. Ella puede apenas caminar, gime, solloza muy débilmente. Salen con ella.

LA MULATA: Mío babá: tú lo mandaste. Ya cumplí.

Golpe fuerte de los tambores.

Luz brillante a primer término. Música de piano: Todo París de Waldteufel. Entran invitados, como de espejos, y cubren a los santeros.

Desaparecen los elementos del barco y entran espejos y cortinajes, cuadros.

Entran invitados y todo se transforma en el salón de Frau Schiller.

Chez Frau Schiller

Gran salón. Mucho lujo. Gente bailando. Espejos, colgaduras.

(Por primera vez, no vemos el banco de carpintería.)

En el piano: Todo París de Waldteufel, y se le unen otros instrumentos...

FRAU SCHILLER: Yo vivía en Orizaba, doctor Becker, allí nací. Mi marido llegó con el grupo de cerveceros que están haciéndose ricos... Y era tan lindo, tan rubio, tan delicioso... Yo era gordita y muy inocente. Ahora soy delgada y él corpulento. Ya no soy inocente, él todavía... Vive en Orizaba, yo en la capital. Cuida del prestigio de la cerveza mexicana, yo, del de la hospitalidad. Me encanta tenerlo aquí, pero Adelaida dice que usted quería que compartiéramos en nuestro idioma común. Bueno, ya ve: no hablo alemán.

CHUCHO: *(con fuerte acento alemán)* Frau Schiller, eso ya lo sabía yo. Me refería a otro idioma.

FRAU SCHILLER: ¿A cuál, entonces? ¡Al arte! Es verdad, soy bohemía. La amiga de los artistas. Esta casa se adorna con ellos. Aquel joven, es un tenor. Aquel otro...

CHUCHO: Soy médico. Y el idioma común que podríamos compartir... es el del cuerpo humano: nervios, músculos... entrañas.

Chucho el Roto

FRAU SCHILLER: No entiendo... (*Aspira una exclamación.*) ¡Sí entiendo! ¡Qué audaz! Creo que llegó el momento de ofenderme. (*Se ríe y le pega con el abanico.*) Doctor Becker, eso no es un cumplido.

CHUCHO: Disculpe entonces. Pienso en alemán y al traducir resultan frases toscas.

FRAU SCHILLER: Estoy acostumbrada: peores le salen a mi esposo y ni siquiera son audaces. Una joven se les acerca.

LA JOVEN: Hipólita, estoy muerta de envidia. Fui a tu cocina a buscar unos *hors d'oeuvres*, ya me conoces qué hambrienta soy... ¡Tienes dos cocineros preciosos! Y están haciendo los platillos más epatantes y complejos.

FRAU SCHILLER: ¿Conoces al doctor Becker? Especialista en entrañas y otras intimidades semejantes.

LA JOVEN: No hables así antes de cenar: piensa uno en tripas, mondongos, callos y vulgaridades atroces.

FRAU SCHILLER: Debo mis cocineros a una casualidad muy notable. ¿Te acuerdas de los Schawartz? Se fueron a Alemania y me mandaron un regalo de despedida, primoroso. Muy raro en ellos, que siempre son tan patanes.

LA JOVEN: Ha de ser algo que no les cupo en la maleta.

FRAU SCHILLER: Lo más probable. Me lo entregaron sus cocineros, en propia mano, el mismo día que Nicolás se ganó yo no sé qué lotería y decidió plantarme. Ya ves: dos por uno y son humildísimos en cuanto a sueldos.

LA JOVEN: Siempre he dicho que tienes la suerte más inmerecida.

UNA MUJER MAYOR: ¡Una desgracia tan inmensa! ¿Cómo pudiste hacer esta fiesta, Hipólita? Deberíamos enlutar el salón, cerrar el piano...

FRAU SCHILLER: Ten la bondad de enlutar tu propia casa.

LA JOVEN: ¿De qué te enteraste? Si es horrible, no lo cuentas.

FRAU SCHILLER: Zoraida tiene razón. Quería yo guardarlo en secreto... Me enteré cuando ya estaban aquí mis invitados. No querrás aguar la noche ni mandar a todos a sus casas.

UN SEÑOR: ¿Mandarnos a dónde?

OTRA SEÑORA (*Adelaida*): ¡Imposible callar! Debe decirse, que sepan todos. Perdóname, Hipólita, yo se lo conté a Elena.

CHUCHO: Y yo, a nuestra querida Adelaida.

ELENA: Es necesario... (*casi llorando*) que hagamos algo. Rezar, tal vez. O irnos...

LA JOVEN: (*Zoraida*): ¿Pero de qué hablan?

OTROS INVITADOS: ¿Cómo que irnos?

—¿Antes de cenar?

—Vamos a oírlo

todos.

—¡Vengan a oír!

—Algo ha pasado

que quieren ocultarnos.

Cesa el piano, se acercan todos.

—¿Algo malo?

—Algo bueno: nada malo puede oírse en casa de Hipólita.

—Yo me he enterado aquí de todo lo malo del prójimo...

—Yo lo he practicado.

—¿Qué sucede? Ven, Magnolia. Ya nadie te oye tocar.

—A ver, dinos.

—Te escuchamos.

—¿Qué pues?

FRAU SCHILLER: Bueno, es muy breve. Ha muerto la Peralta. En Mazatlán.

Exclamaciones, lamentos, comentarios.

ELENA: *(llora)* La voz de ángel que ya no oiremos nunca. Sonámbula. Puritanos. Lucía. ¡Esa Leonor del Trovador! ¡Y la Desdémona de Rossini! Gloria de México, parte maravillosa de mis recuerdos, de mi vida...

FRAU SCHILLER: *(desabrida)* Ya está dicho, sépanlo pues. Si quieren, suspendemos la cena. Esta casa no se hizo para velorios.

INVITADOS: —¡No, cómo, irnos...!

—No hay que ser tan drásticos.

—Sería un desaire a Frau Schiller.

—Ya cálmate, mujer.

—¿Nadie trae sales,
para que huela Elenita?

—¡Aquí el doctor!

El mayordomo le acerca con la maleta.

PELUDO: ¿Necesita su maleta, doctor?

CHUCHO: (*la toma, la deja a un lado*) Las sales de amoníaco no borran el sufrimiento. La señora tiene razón en sus emociones: yo estuve allá. Vi los últimos días de la gran diva. Fueron dignos de ella. El mejor homenaje será relatárselos. Después, beberemos a su memoria. Celebraremos la vida que continúa, con música y con baile, tal como la gran Peralta lo hizo hasta el fin.

ZORAIDA: ¿Usted estuvo en Mazatlán? Pero allá está la fiebre amarilla.

CHUCHO: Es verdad. El puerto está cerrado, en cuarentena. (*Pausa, narrativo. Todos van sentándose.*) La epidemia llegó en unos barcos del Asia. Se presentaron de golpe los primeros casos, inequívocos, y nadie pudo ya entrar ni salir. Barcos anclados. Caminos vigilados por el ejército. Una muerte aquí, otra allá, cada vez más. Sin orden. Sin razón, Cada cual se pregunta: ¿seré yo el próximo? No sabemos las normas de esa plaga. Un elixir malayo parece ser lo único eficaz: pero había apenas: dos o tres frascos... Se había iniciado la temporada de la gran diva. ¿Y qué hacer? ¿Salir de ese puerto apestado? Imposible. ¿Suspender las funciones? Eran de abono, y había que pagar hotel, y sueldos... ¿No es más horrible estar rumiando negras ideas, en plena inactividad? La temporada siguió adelante. También la fiebre. El teatro empezó a verse vacío. Las campanas de Mazatlán doblaban: eran un eco interminable al *misesere* del Trovador. En las esquinas ardían hogueras de cadáveres que ya no se daban abasto para enterrar. Y la voz prodigiosa se desgranaba ante la herradura de los palcos, negra y vacía como catacumba. No quería la Peralta que cundie-

Chucho el Roto
ra el miedo entre sus artistas: pero empezó a cundir la muerte. Hubo, de pronto, que empezar a hacer cambios en los repartos, que improvisar funciones con fragmentos de obras... Campanas doblando, hogueras de muertos reflejadas en el mar, la luz de los faros barriendo la fachada del teatro donde Ángela Peralta cantaba con cuatro o cinco miembros restantes de su grupo, y unos cuantos espectadores lívidos aplaudiendo sin fuerza... (*Pausa.*) Hasta que al fin se hizo el silencio.

Elena llora ruidosamente. Adelaida se limpia dos lágrimas. Chucho sirve una copa de champaña y la alza:

CHUCHO: Por ella: por la artista. Muerta el 30 de agosto de 1883.

Todos se levantan, se sirven. Entra el Peludo con una charola de copas, beben todos. Chucho va a estrellar la suya.

FRAU SCHILLER: Por favor, no las estrellen. Son bacará.

CHUCHO: Perdón, Frau Schiller... Señora Magnolia, ¿podría tocarnos una fantasía de ópera?

MAGNOLIA: No sé... ¿Como cuál?

CHUCHO: Traviata. Un triunfo del amor.

MAGNOLIA: Algún trozo, tal vez... ¡El brindis!

CHUCHO: Eso es adecuado. Le suplicamos.

La mujer va al piano. La tensión se rompe.

ZORAIDA: Pero... Mazatlán está en cuarentena. ¿Cómo es que está usted aquí, con nosotros?

CHUCHO: Le mencioné un elixir: tuve la suerte de tomarlo.

ZORAIDA: Hay un cordón sanitario.

CHUCHO: Soy médico. Pude pasar la barrera después de estar en observación...

ZORAIDA: No vendrá usted a contagiarnos, ¿verdad? ¿Quién lo tuvo en observación?

CHUCHO: México es un país muy elástico... *(Hace señal de dinero.)*

ZORAIDA: ¡Qué irresponsable es usted para ser médico!

Se retira, y empieza a murmurar el chisme con otras personas. Todos empiezan a ver a "Becker" con horrible desconfianza.

ELENA: Doctor Becker, ¿qué fue lo último que cantó nuestra Ángela?

CHUCHO: Una romanza de Tosti: *Vorrei morir*.

ELENA: Ay, qué impresionante. Y dice la letra: "quiero, morir cuando el sol se pone, cuando el aire está cálido y el cielo sereno..."

CHUCHO: Como en Mazatlán.

UNA SEÑORA: *(cerca de "Becker" y refiriéndose a él)* A mí me besó la mano... *(Se la limpia.)*

UN SEÑOR: *(a Frau Schiller)* Donde este hombre traiga el contagio... ¿Sabes que se escapó de Mazatlán?

FRAU SCHILLER: Qué tontería. Por favor, no pienses en eso. Queridos, a la mesa. No esperamos a nadie más. Están poniéndose morbosos.

UNA MUJER: ¿Falta alguien?

FRAU SCHILLER: Siempre falta alguien, pero no importa.

UN JOVEN: ¡No vayamos a ser trece!

FRAU SCHILLER: Ciertamente no. Tengo mucho cuidado en esas cosas.

Van sentándose.

UNA MUJER (*Emelina*): Doctor Becker: ¿cuáles son los síntomas de la fiebre amarilla?

UN HOMBRE: ¡Qué pregunta más inoportuna, Emelina!

CHUCHO: Al contrario: para quitarles malas ideas y falsas preocupaciones voy a decirles exactamente cómo empieza. Primero, se le altera el sabor a la comida. Sabe rara, tiene un regusto extraño, vagamente repulsivo. Después, empieza una agitación insoportable del sistema gástrico, con diarrea incontenible, muy líquida, que se presenta de golpe, y también hay vómitos sorprendidos. El nombre de fiebre amarilla se debe a que...

FRAU SCHILLER: ¡Por favor! ¡Qué falta de tacto! Vamos a cenar y usted se pone a hablar asquerosidades. ¡Cállese ya!

CHUCHO: Pido perdón, Frau Emelina deseaba detalles.

FRAU SCHILLER: Aquí la única Frau soy yo.

EMELINA: Es verdad: no soy Frau y no quiero saber más.

ZORAIDA: (*entre dientes*) Alemán había de ser...

El Peludo y el Rorro sirven con toda pulcritud. Hay ensalada.

HOMBRE: Frau Schiller, oí hace poco que afinaban sus músicos.

FRAU SCHILLER: Pensé que bailaríamos un poco, pero todo se ha vuelto mórbido, gracias a Elenita que es tan sensible.

ELENA: A mucha honra. Todavía me queda algún cariño por el prójimo.

FRAU SCHILLER: Sobre todo cuando es joven y bien parecido, ¿verdad?

ELENA: No soy la única, y conste que me abstengo de mantener... artistas.

FRAU SCHILLER: Es cierto, hay una vena de avaricia en tu familia.

ELENA: Las cosas íntimas, no las pagamos.

FRAU SCHILLER: Tampoco las otras.

UN HOMBRE MAYOR: No se oye bien que discutan por sus... preferencias artísticas, amigas mías.

FRAU SCHILLER: Son *las mismas* que tú tienes, ya sabemos. No enriquezcas la conversación.

OTRO HOMBRE: La música ahuyenta los malos humores... Podría tocar la orquesta.

MAGNOLIA: ¡Sería tan agradable! Ha de sonar mejor que esta conversación.

FRAU SCHILLER: Sin duda: no vas a estar tú al piano.

UNA MUJER: Qué extraño saborcito le noto a la ensalada.

ZORAIDA: ¡Por favor! No le notas nada. Deja de estar pensando necedades.

MUJER: Ay, yo no lo decía por... (*se tapa la boca*) Jamás me acordé de lo que dijo el doctor, pero es que el aceite me supo... O será mi paladar... ¡No, no! Mi paladar no. Ha de ser el aceite.

UN JOVEN: Pues yo mordí un grano de pimienta y me supo a rayos.

CHUCHO: ¿Un sabor eléctrico?

EL SEÑOR MAYOR: Espero que no haya carne asada... Después de esas hogueras que decía el doctor...

ZORAIDA: ¡Licenciado Gámez!

FRAU SCHILLER: No permito más chistes horrorosos, (*alto*) ¿Qué esperan que no tocan, maestro? ¡Y no vaya a ser una marcha fúnebre!

Empieza a tocar la orquesta.

FRAU SCHILLER: Le suplico que no le encuentren sabores peculiares a mi comida. Si el gusto es anormal, pá-senla con vino. Este... Rodolfo, o como se llame, dennos más vino. No dejen de servir.

UN HOMBRE: ¿No sabes el nombre de tu criado?

FRAU SCHILLER: Están supliendo. Se le enfermó alguien a Julio y se fue a su pueblo, con su mujer. Los cocineros me recomendaron a estos muchachos. (*Toma vino, dubitativo.*) Es posible que el aceite...

ADELAIDA: ¿Verdad? (*Huele su bocado.*)

FRAU SCHILLER: Iba a decir: es posible que el aceite español sea mejor que el italiano. No iba a mencionar ningún sabor raro. ¡Maestro, más fuerte! ¡No los oigo! Algo más alegre, ni que fueran ustedes moribundos. ¡Y no paren de tocar por ningún motivo!

Los músicos tocan una tarantela de Rossini.

CHUCHO: No es que sea mórbido, como usted dice, ¿pero sabe por qué las tarantelas reciben ese nombre?

FRAU SCHILLER: Es un baile popular italiano.

CHUCHO: Ciertos pueblos del sur de Italia, plagados de una rara epidemia, salían enloquecidos a correr, como

Emilio Carballido

picados de tarántula. Morían bailando, igual que en ese cuadro flamenco del Triunfo de la Muerte...

FRAU SCHILLER: Adelaida, te ruego que ya no me presentes ninguna otra de tus nuevas amistades. Y mucho menos si son paisanos de mi marido.

CHUCHO: Le pido perdón: me pareció una historia interesante.

Se levanta un joven (el de la pimienta).

JOVEN: Disculpen, por favor... No puedo más. Es algo... No es imaginación. Debo retirarme. Es... Aaaaaah...

Lanza gemidos, se retuerce, algo está sucediéndole, incontenible. Zoraida, junto a él, grita agudamente, se levanta. El joven sale trastabillando.

ZORAIDA: ¡Me salpicó! Me muero de asco. Han visto lo que ha hecho. Me siento mal...

Vomita sobre la mesa; espanto general.

HOMBRE: Yo no sé qué sea. Siento un asco convulsivo y un... calambre aquí. Me va a suceder. Me va a... me... ¡Aaaaaah!

Grita casi: ya le sucedió.

FRAU SCHILLER: Pero toda esta gente está... ¿Qué es esto que escurre allí en el suelo? Me siento enferma. ¡Esto

Chucho el Roto
es obra de usted! ¡Nos ha traído el mal! ¡Voy a vomitar!
¡Siento retortijones y convulsiones! ¡Infame! ¡Satanás!
¡Enviado del demonio! ¡No puede ser! ¡Estoy cagándome!

Sale corriendo y retorciéndose.

Chucho se hace a un lado, hacia primer término. Se tapa la nariz con un pañuelo y observa, mientras la gente grita, corre, defeca y vomita por todo el salón.

Salen, entran, no hallan el lugar que buscan o está ocupado, o ya ni siquiera atinan a buscarlo.

Han vomitado sobre la mesa, que luce asquerosa, con platos volcados y vidrios rotos. Hay manchas repulsivas por el suelo, regadas tanto de salsa como de otras fuentes.

Peludo y Rorro observan con repugnancia, pero impávidos, como custodios, a uno y otro lado. La tarantella sigue. Hay voces y gritos como:

INVITADOS: —¡Me muero!

—¡Alguien que me lleve de aquí!

—¡Confesión, confesión!

—¡No me vayan a quemar viva!

—Pido perdón, no sé qué me sucede, pido perdón, no puedo contenerme...

Etc.

Chucho procede, al fin:

CHUCHO; ¡No hay que alarmarse! Tengo aquí un frasco del elixir. Bastan unas gotas. Ustedes, adminístrenlas. Que los ayuden los cocineros.

Emilio Carballido

Entran los cocineros: Marciano y la Changa. Ellos, Peludo y Rorro, toman frasquitos que Chucho les entrega y empiezan a hacer beber gotas a los enfermos. Si alguno se resiste, le abren la boca y dicen: “es orden del doctor”.

Tocan a la puerta. La tarantela está debilitándose, indecisa, casi cesa...

Peludo y Rorro consultan con la mirada a Chucho: él duda. Hace seña de que abran.

Abren: del fondo entran Matilde y un joven guapo. El saludo se les hiela. Rorro y Peludo están tras ellos.

MATILDE: ¡Pero qué pasa aquí! *(Se tapa la nariz con la manga.)* Hay un hedor espantoso...

SU COMPAÑERO: Pareciera que... No sé... *(Ve a un conocido.)* Gilberto, ¿qué tienes? ¿Qué le está dando a beber?

CHANGA: Medicina.

MATILDE: ¿Dónde está Hipólita? ¿Qué es esta substancia regada por todo el suelo? *(La descubre.)* ¡Hipólita! ¿Qué tienes?

Frau Schiller mascula algo, gime y vomita.

MATILDE: ¡Está borracha!

ZORAIDA: *(se incorpora)* ¡Huyan, huyan! ¡La fiebre amarilla! ¡Sálvense!

Ellos retroceden.

EL COMPAÑERO: Hay que pedir ayuda... Algo sucede que... no es normal.

El Rorro se interpone.

RORRO: Es verdad. Hay que pedir ayuda. Yo acompaño al señor.

PELUDO: La señora puede quedarse con el doctor Becker. El está a cargo de la situación.

MATILDE: Ah, pero ya llegó un doctor.

JOVEN: Tal vez entonces...

RORRO: Yo lo acompaño.

Matilde va hacia el doctor, con el pañuelo en la nariz. No ve que el Rorro tapa la boca a su compañero y lo arrastra fuera.

Ella va viendo el suelo y levantándose mucho el borde del vestido.

MATILDE: Doctor, ¿qué es esto? ¿Qué han dicho de fiebre amarilla?

CHUCHO: No es probable, señora. Pero yo le aconsejo que se retire.

MATILDE: Esto hiede a... mierda, para decirlo por su nombre.

CHUCHO: Temo que tiene usted razón.

Ella ve con horror, en torno. Carreras, gritos, que van apagándose en sopor. Cesó la música.

UN MÚSICO: *(se asoma)* Gritaban que era fiebre amarilla. Mira nomás. Se han ciscado por todos lados.

OTRO MÚSICO: Cochinas que hacen siempre. Están borrachos.

OTRO: ¿Quién nos va a pagar? Esa vieja que está en un charco de mierda nos contrató.

Chucho va hacia ellos.

CHUCHO: Esto, por los servicios. Y esto, por las molestias. Sigán tocando, por favor. Algo grato, de moda... mientras hacen la limpieza,

LA PIANISTA DE LA ORQUESTA: Qué feo huele. Abran la ventana. Es triste ganarse la vida con esta gente...

Empiezan a afinar. Chucho vuelve junto a Matilde, con el pañuelo en la boca...

MATILDE: No espero más. Me voy. Esto... no tiene nombre...

CHUCHO: ¿No venía usted acompañada?

Se quita el pañuelo de la boca. Ella va a responderle. Quedan viéndose, frente a frente. Un silencio.

MATILDE: ¡Jesús Arriaga!

CHUCHO: ¿Adónde está mi hija?

MATILDE: ¡Ladrón! ¡Chucho el Roto! Ya lo sé todo, ladrón.

CHUCHO: ¿Qué hiciste con mi hija?

MATILDE: Huyó de ti por vergüenza, porque le daba horror ser hija de un ladrón. Huyó a buscarme desesperada, cuando descubrió lo que eres.

CHUCHO: ¿Adónde está?

MATILDE: Feliz, lejos de ti, pensionada, junto a muchas hijas de nobles, con monjas buenas que la vuelven toda una dama. No volverás a verla.

CHUCHO: Sí la voy a encontrar.

MATILDE: Búscala pues: en un castillo del Loire. Vas a tardar un poco, hay cuatrocientos. Y si la hallas, huirá gritando de vergüenza, como llegó conmigo. Ladrón.

CHUCHO: Ya huirá de ti, cuando entienda lo que quiere decir puta.

Ella va a darle un bofetón. Él le detiene la mano. Quedan viéndose.

Todo es un tendido de cuerpos adormilados y sucios. Peludo y el Rorro están desvalijándolos, mientras los manejan como bultos. Carteras y joyas pasan a su poder.

MATILDE: Ladrón.

CHUCHO: Puta.

MATILDE: Ladrón, ladrón.

CHUCHO: Puta dos veces. ¿Seguimos? Yo acepto lo que soy. Yo lo escogí.

MATILDE: Yo no soy puta.

CHUCHO: ¿Qué eres? ¿Cómo has vivido? (*La toma por la barbilla, para observarle la cara.*) Te pintas mucho. Te escotas mucho. Metes mucha gente a tu cama. No cobras porque no te hace falta. Luego pagarás. Me alegro que mi hija no esté contigo.

MATILDE: No pude casarme porque arruinaste mi vida. Es culpa tuya.

CHUCHO: No mientas: has podido casarte veinte veces. Pero serías la misma. Daría igual.

MATILDE: ¡No daría igual! (*Pausa.*) Sí daría igual. ¡Pero no le hago daño a nadie!... Más que a mí misma.

CHUCHO: Yo no hago daño.

MATILDE: Envenenaste a esta gente, para robarla.

CHUCHO: Unas gotas de aceite de croto... semillitas de higuera, y unas gotitas de láudano, después. Eso fue todo. Mañana tendrán más apetito, con el estómago limpio.

MATILDE: (*débilmente*) Ladrones...

Chucho le aprieta un seno. Ella se estremece. Solloza. Pausa. Se recarga en él.

MATILDE: Yo te veía desde el balcón cuando saltabas la reja del jardín. El gran danés salía a tu encuentro y te lamía las manos. Trepabas por la yedra. Un ruiseñor cantaba toda la noche.

CHUCHO: Lo oía cantar, contigo dormida sobre mi pecho. Era un cenizal. Tus sábanas bordadas, ramos de flores y de iniciales, que acariciaba al mismo tiempo que tu cuerpo.

MATILDE: Perfumaba las sábanas antes de que llegaras. Y tú cortabas algunas flores del jardín, para mí. Subías con ellas entre los dientes.

CHUCHO: Nos bañábamos juntos en tu tina, llena de espuma perfumada. Tenía patas de león, llaves doradas, jaboneras de porcelana en forma de esfinge.

MATILDE: Tus manos ásperas, tu piel oscura, tu cuerpo duro, delgado, fuerte... (*Solloza.*)

CHUCHO: Lo besabas todo, no te cansabas de tocarlo y de verlo.

MATILDE: Nunca había visto un hombre desnudo. Me asombrabas, me aterrabas. Y después, me caías encima,

como si fueras a destruirme, Y eras tan tierno, tan dulce, tan amoroso... (*Él la abraza.*)

CHUCHO: *Nos dormimos una mañana. Y no pude salir. Permanecí en tu cuarto; como un fantasma retrasado. Cuando llegaron a limpiar, me escondí en tu ropero. Me subiste comida, vino, pasteles... Cenamos juntos, en el suelo... Encendiste muchas velas...*

MATILDE: *Qué terror más hermoso, todo el día... (Lo enfrenta.) ¿Por qué no me dejaste huir contigo?*

CHUCHO: *Porque era yo un ladrón.*

MATILDE: *¿Y qué?*

CHUCHO: *Porque era yo un carpintero, que había arreglado los muebles de tu sala.*

MATILDE: *Es verdad: lo nuestro era imposible. (Se aleja de él.) ¡Están robándoles todo! (Se tapa la nariz.)*

CHUCHO: *Todo no, una migaja. En esa vecindad enorme, en Orizaba, con cuatro patios, un laberinto, vivíamos en el segundo patio. Y había dos excusados, para todos. En el tercero, nada más uno. Y en el último patio tenían un hoyo, casi a la intemperie. Los buenos olores son un gran privilegio. Los pobres somos asquerosos, sudamos mucho, hay poca ropa limpia, unas cubetas de agua fría para lavarnos, agua escasa... Y nadie nos enseña a gozar. Ni a comer finamente, con manteles bordados... Si nuestras madres bordan y deshilan, es para vender, y es en telas de costales de harina y en manta. El mejor algodón y el lino, lo miramos de lejos. Tampoco nos importan. Tenemos mal gusto. Gozos vulgares. Gestos violentos y torpes.*

MATILDE: *Y cuando creces teniendo lo que yo, cesas de advertirlo. Los momentos de realidad en mi vida han*

sido pocos. Parece que dejé ayer de verte... Los días; huyen, se esfuman. No pasa nada. Todo es un sueño borroso, hambriento, promiscuo...

CHUCHO: También son peores los sueños del pobre: son pesadillas. Si no sueñas algo mejor, es que no quieres. ¿Pero nosotros? Sueños ínfimos: nadie nos adiestra para los mejores sueños. Y cuando acaso brota la sensibilidad, es de los descartados: los artistas, los ladrones.

MATILDE: ¿Por qué no te largas a otro país? ¿Por qué sigues robando? Has de estar rico: puedes. ¿No ves que vas a acabar mal?

CHUCHO: He logrado los gozos del rico. Lo que cada uno de nosotros merece, lo he arrebatado para los míos y para mí. Cosas de gusto, de arte, de belleza. Comida refinada, ropa bella, adornos cintilantes, la flor de la humanidad, ésa que crece en ramas muy altas: la he alcanzado. Y la he repartido a puños. Mantengo dos escuelas primarias, un asilo, una escuela de artesanía. He dado mucho a muchos. Sin preguntarles quiénes eran: porque eran pobres, como yo, tenían todo el derecho del mundo.

MATILDE: ¿Cuando estés preso... qué?

CHUCHO: He estado preso tres veces, y me he escapado. De la fábrica no escapa nadie. Del túnel de la mina. De empujar el arado detrás del buey. Yo sé que he de pagar, todo se paga, pero no he muerto de silicosis, ni me han mutilado los telares. Lo que llegue a pasarme, durará menos y será menos terrible.

MATILDE: Vete a Europa, vete a Estados Unidos, vete.

CHUCHO: Yo soy de aquí. Amo todo esto. Quiero participar, quiero cambiarlo, en la medida de mis fuerzas.

Chucho el Roto

MATILDE: Jesús Arriaga... No quiero pensar en ti con ese apodo torpe, tan vulgar.

CHUCHO: Amo ese apodo. El otro día, en un mercado, oí cantar mi corrido. Mi apodo va a vivir más que el nombre de muchos presidentes, de muchos militares o ministros, o que el de muchos otros ladrones.

MATILDE: ¡Odio ese apodo!

CHUCHO: Estás ligada a él, para siempre. La memoria del pueblo nunca olvida las historias de... *(se ven.)*

MATILDE: ¿De qué?

CHUCHO: *(sarcástico)* De amor.

CHUCHO: Cordero.

Quedan viéndose a los ojos: sus rostros son dos máscaras. La música toca ahora: Sufrir y callar. Ellos bailan, sin cambiar de expresión, mientras los cuatro cómplices han recogido todo, profesionalmente, es casi una mudanza. Descolgaron espejos, quitaron la tapa de la mesa: quedó a la vista el banco de carpintería, que estaba debajo. Regaron aserrín sobre los charcos asquerosos.

CHUCHO: No olviden esos cuadros: son de Juan Cordero.

Chucho y Matilde bailan entre los cuerpos tirados. Un haz de luz cenital, muy intenso, cae sobre el banco de carpintería, mientras baja la luz a todo lo demás.

Telón.

FIN DE LA OBRA

Emilio Carballido
(1925-2008)

Escritor y dramaturgo veracruzano. Egresado de la UNAM, se especializó en letras inglesas y en arte dramático. Fue subdirector de la Escuela de teatro de la Universidad Veracruzana, director y profesor de la Escuela Nacional de Arte Teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes.

Los mundos de Alberto fue su primer libro. Le siguieron *El triángulo sutil* y *La triple porfía*. Escribió también guiones cinematográficos, destacando el de la película *Macario*. Sus trabajos más conocidos son como dramaturgo. Entre los más de cien que se le conocen destacan: *Rosalba y los llaveros*, *Felicidad*, *Te juro Juana que tengo ganas*, *Fotografía en la playa*, *Escrito en el cuerpo de la noche* y su comedia *Rosa de dos aromas*.

**Descarga todos los libros que hemos editado en
www.brigadaparaleerenlibertad.com**